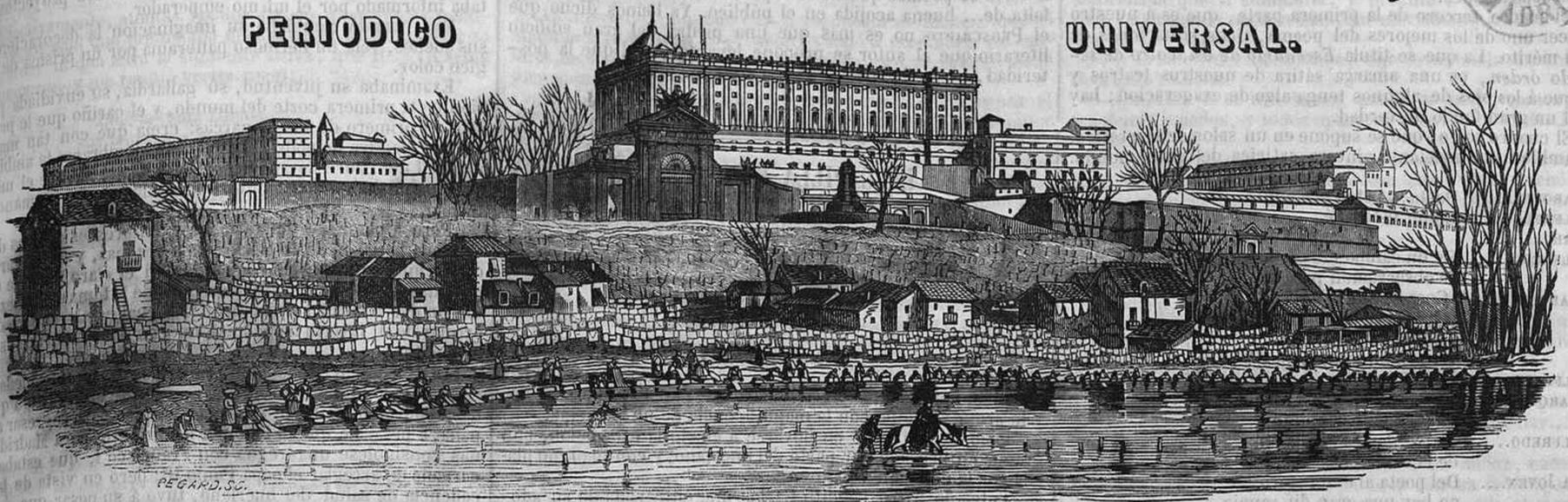


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 215.—SÁBADO 9 DE ABRIL DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## LA FABRICA DE TABACOS DE MADRID.

Uno de los pocos edificios públicos que debe Madrid al reinado de Carlos IV, aunque ideado y comenzado en el de su antecesor, es el situado al final de la calle de Embajadores, é inmediato al Portillo de este nombre, que fué concluido en 1790, creemos que bajo la direccion del arquitecto D. Pedro Arnal, y destinado á fábrica de aguardiente y licores (estancados entonces por la Real Hacienda), barajas, papel sellado, y depósito de efectos plomizos. Este considerable edificio, que forma un paralelogramo rectángulo con 428 piés de frente y 237 de fondo, ocupa una superficie de 101,436 piés, teniendo además por el costado que mira al Mediodía un gran corralon que le permite prolongar su fachada en 63 piés con 14,931 de superficie. Su planta consta de un zócalo, en su mayor parte de granito, piso bajo y principal con 29 vanos en cada uno, decorados por jambas. Tres buenas portadas también de granito se hallan en la fachada principal que da á la calle de Embajadores, de las cuales la del centro tiene dos pilastras dóricas con triglifos en el cornisamento, que es resaca de un balcon, en cuyo guarda-polvo sienta un escudo de armas. Las dos restantes portadas son mas sencillas, con solo jambas, coronando el todo una cornisa de piedra. El interior de este inmenso edificio, aunque no muy apropiado para los trabajos á que actualmente se destina y para el crecido número de personas ocupadas en ellos, tiene sin embargo condiciones muy apreciables de espaciosidad, luces y ventilacion, siendo notables sobre todo las estendidas y fuertes bóvedas inferiores, donde estan los almacenes y se procede á los primeros trabajos de preparacion de los tabacos.

La elaboracion de estos en Madrid no tuvo principio hasta 1809, en que el gobierno de José Napoleon se vió precisado á adoptarla por la absoluta incomunicacion en que solia estar con las fábricas de Sevilla, Barcelona y demás del reino, destinando á este objeto aquel edificio, que, como queda dicho, no fué construido para él. En dicha época de la dominacion francesa no pasó nunca de 800 operarias el número de las ocupadas en dicha fábrica, continuando despues con 400 ó 500 que elaboraban cigarros mistos, comunes, de Virginia y cigarrillos de papel, hasta mediados de 1816, en que quedó suspensa. En 3 de diciembre de 1817 se estableció de nuevo, á cargo de un director interino, y luego al de un superintendente con iguales prerogativas que el de la fábrica de Sevilla, y así siguió hasta 1822 con unas 600 operarias, que elaboraban cigarros de todas clases. En dicho año volvió á quedar suprimida; hasta que en 23 de junio de 1825 tornó á establecerse definitivamente y en mayores proporciones, segun sigue en el día.

Los talleres estan subdivididos en estos términos: El del picado en que se ocupan 60 hombres, y ganan á razon de 30 cuartos por arroba: el de *habanos peninsulares* con 24 ranchos de á seis operarias cada uno, que cobran á razon de sesenta maravedis por cada paquete de 31 cigarros: el de *mistos*, que consta de 100 ranchos, ó sean 600 mugeres, con 40 maravedis de abono por paquete: el de *cigarros comunes*, con 316 ranchos, ó 1,896 jornaleras que perciben 22 maravedis por paquete: el del *embotado* del rapé, que ganan 80 maravedis por cada cien paquetes de una onza: el del *espallado*, con 90 operarias que desvenan el tabaco en rama: el de *tusas*, y por último, el de *cigarrillos de papel*, con 200 operarias, que ganan 4 reales y medio por cada cien cajetillas. Hay además diferentes talleres de carpinteros para el encajonado, albañiles, y otros operarios, pasando actualmente de 3,000 el número de personas ocupadas en este establecimiento. El tabaco que en él se elabora ha ido en progresion ascendente en estos últimos años; sus clases han sido las mismas que en la actualidad, á escepcion de quentuqui superior que ha sustituido al Masson-conty. Por último, diremos que en el año que termina de 1852, se han labrado 637 libras de cigarrillos de dama, 118,117 libras 8 onzas de cigarros mistos, 532,448 libras 8 onzas de comunes, 141 libras 8 onzas de picado habano puro, 69,850 libras id. habano y filipino, 353,900 libras id. Virginia y filipino, 82,100 libras id. Virginia, 304,900 libras id. filipino, y 10,250 libras id. superior, componiendo un total de 1,472,364 libras y media.

Estos guarismos (que debemos á la complacencia del ilmo. señor director general de fábricas y efectos estancados, y del señor superintendente de esta fábrica), dan á

conocer su importancia y magnitud, mas bien que la inspeccion material de ella que tambien se han servido facilitarnos dichos señores; porque en medio de la espaciosidad del edificio, de la inmensa estension de los talleres, y del crecido número de operarias, carece de aquel aparato de que suelen hacer alarde otras fábricas menos importantes y numerosas; y establecida modestamente, ya por las condiciones especiales del edificio, ya por cálculo económico de la direccion, no ofrece al visitador puntos de vista sorprendentes, apreciacion unánime del conjunto; y solo tuvimos ocasion de admirar en ella el silencio y compostura de tres mil mugeres, y la uniformidad, orden y correccion de sus trabajos. En punto á la parte pintoresca solo podemos ofrecer á nuestros lectores la vista de uno de los talleres y la de los estantes ó anaqueles en que se colocan los mazos ya elaborados para su oreo. En el mismo edificio existen tres escuelas, una de párvulos y dos de instruccion primaria para niños y niñas, en las que solo se admiten los hijos de las operarias mediante una ligerísima retribucion.



Couédic.

## CRITICA LITERARIA.

### EL PROSCRIPTO.

EPISODIOS DE LA TRAGI-COMEDIA DEL SIGLO XIX,

POR D. J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Hace algun tiempo que el que llegaba á escribir una composicion poética notable, se hacia al instante popular; todo Madrid le conocia. ¡Cuántos y cuántos jóvenes hemos conocido nosotros, cuya popularidad no ha tenido otro fundamento! Leian una oda ó una elegía en el Liceo, y al día siguiente los periódicos la insertaban en sus columnas, y las personas aficionadas á la amena literatura hablaban con entusiasmo del nuevo vate, y se le señalaba con el dedo cuando se le veía en alguna de las calles de esta coronada villa.—Aun en medio de las turbulencias políticas, habia sin embargo mas fé y entusiasmo literario que hoy día. El ser poeta en aquella época (hablamos de los años 36 y 38) era como un alto don que concedia la naturaleza, un raro privilegio y una profesion envidiable; pero hoy son tantos los que escriben versos para el

público, que se confunden por desgracia los buenos con los malos.—La condicion del escritor poético ha decaído de una manera lastimosa.—Son muy escasos los poetas que solo por sus versos pueden vivir decentemente. En una época en que, segun informes que creemos verídicos, se pagan *doce ó catorce* duros por una voluminosa coleccion de poesías, y *quin-ce ó diez y seis* por una novela en dos tomos, ¿cómo hace el que quiere con sus versos y su prosa comer *caliente* todo el año? Esta es la principal causa por qué jóvenes de mucho talento se dedican á traducir del francés, sin saber este idioma, ese fárrago de dramas y novelas, buenas y malas, que produce la nacion vecina. Esta es una de las causas del estado de postracion en que se hallan entre nosotros por lo general todos los ramos de literatura.

Estas tristes reflexiones nos ha sugerido la última obra que ha dado á luz el jóven poeta D. J. Heriberto Garcia de Quedo, titulada *EL PROSCRIPTO*.

Su autor, uno de nuestros jóvenes escritores de mas sólida y varia instruccion y mas laboriosos, conocido en todos los ramos de literatura; en la *novela*, por una muy linda y bien escrita, titulada *EL AMOR DE UNA NIÑA*; en el *drama*, por varios de indisputable mérito, como D. BERNARDO DE CABRERA, ISABEL DE MÉDICIS, EL JUICIO PÚBLICO y otros, representados en esta córte: en la *poesía lírica*, que es, á nuestro humilde parecer, el género que cultiva con mas acierto, por varias composiciones escelentes, tales como las odas á *Pío IX*, á *Colón*, á *Cervantes*, á la *Libertad*, y por *MARIA, corona poética de la Virgen*, que escribió en colaboracion del señor ZORRILLA, pero que puede decirse que toda es suya; y por último, en la *leyenda ó novela en verso*, con obras como *DELIRIUM* y *LA SEGUNDA VIDA*; el señor GARCIA DE QUEVEDO, decimos, no puede, segun confesion propia, *vivir del arte*. Sus obras, sin embargo, han sido por lo general bien recibidas del público; pero, á nuestro parecer, no todo lo bien que debieran haberlo sido; y, preciso es confesarlo, la mayor parte de ellas no han sido juzgadas como debieran, por su mala estrella, como vulgarmente se dice. Seguros estamos de que si muchas de dichas obras llevaran el nombre de otro cualquier literato, hubieran tenido mejor fortuna. No sabemos por qué no la tienen; pero el hecho es cierto, como tambien que el señor GARCIA DE QUEVEDO es para nosotros un problema literario con cuya solucion no podemos dar; y á fé no somos los únicos á quienes sucede lo mismo.

¿Qué es el *Proscrito*, y qué fin se ha propuesto su autor al escribir este libro? En muy pocas líneas nos lo dice, en un pequeño prólogo que ha puesto al frente de su obra: «Héme propuesto, amigo lector, escribir una serie de poemas que, teniendo todos al mismo fin, formen, al modo de los eslabones de una cadena, y segun mis cortas fuerzas alcanzasen, si no el complemento rico de belleza y conviccion, del feto, siquiera informe, de la grande epopeya humanitaria que las orgullosas miserias de nuestro siglo, descreído y egoísta, imperiosamente reclaman.» «El *Proscrito* que ahora te presento, es el tercer eslabon de aquella cadena que empieza con los otros dos que acaso te sean desconocidos: *Delirium* y *La segunda vida*.» «El pensamiento civilizador, que atraviesa como una línea ténible y de un polo al otro dichas obras, es el mismo en el fondo, siquiera distinto en los medios:—el pensamiento moral del Evangelio, la redencion por el amor.»

El *Proscrito* es un grito de dolor, un ¡ay! desgarrador, arrancado de una alma jóven, pero que sabe sin embargo lo que es la vida: un manantial de lágrimas y aflicciones. En él llora su autor la desgracia de haber nacido en un siglo tan positivista y escéptico como el nuestro: las penas que sufre por tener que vivir en una sociedad que ni ama, ni cree, ni espera.

El *Proscrito*, lo mismo que la preciosa comedia de *Don Luis de Eguilaz*, titulada *VERDADES AMARGAS*, no lo escribe sino un poeta que, hablando por experiencia propia, conoce y aprecia á la humanidad, no por lo que vale en sí, sino por la manera con que le ha tratado. En él nos pinta con colores muy duros, porque estan copiados del natural, este siglo calculador. En él recorre el señor GARCIA DE QUEVEDO las profesiones de hombre político, hombre literario, y hombre de mundo; y en todas ellas encuentra solo miseria y engaño. En efecto, como esto es lo que mas abunda, es lo que primero y mas se ve en ellas; pero bien sabe su autor que no es lo único que en ella hay. El mismo nos lo demuestra, puesto que en el bellissimo personaje de Alfredo, protagonista del

poema, vemos personificada a la conciencia, siempre en lucha con exigencias a que no puede doblegarse, y que son una perpétua é invencible valla opuesta al logro de sus mas legítimas aspiraciones.

El cuadro tercero de la primera parte, que es á nuestro parecer uno de los mejores del poema, tiene situaciones de gran mérito. La que se titula *Escenario de un teatro de segundo orden*, es una amarga sátira de nuestros teatros y aunque á los ojos de algunos tenga algo de exageracion; hay en él un gran fondo de verdad.

El cuadro sexto, que se supone en un salon aristocrático, es tambien una excelente pintura satírica del gran mundo.

BARONESA... Poeta, ¿usted por aquí?  
 ALFREDO.... Como usted vé...  
 BAR... ¿Vuelve al mundo?  
 ALFREDO.... Es un campo muy fecundo de observacion para mí.  
 MARQUESA... ¡Cosa mas original!  
 ¿Qué sirve la observacion á aquel cuyo corazon vive en un mundo ideal?  
 ALFREDO.... Es un error...  
 MARQUESA... ¡A fé mia!  
 ALFREDO.... Pues es vulgar opinion. La verdad es la mision de la suma poesia.  
 LA JOVEN.... Del poeta al embustero no hay una gran diferencia...  
 ALFREDO.... No se aplica tal sentencia al poeta verdadero. Cuando en cualquiera funcion dramática, alegre ó triste, en vano el pecho resiste á una creciente emocion; y á pesar del colorete de la dama, y su oropel, y de que su amante infiel, feo, chico y regordete, mas hermoso que Absalon, y mas alto una pulgada, sombra chinesca plantada en dos leguas de tacon, sale gallardo á la escena de entre sucios bastidores, y á pesar de los furores del apuntador que truena, y á pesar de usted saber que es todo convencional en su pecho virginal siente el dolor ó el placer, y aun contra su voluntad rie alegre, ó triste llora, tal sentimiento, señora, ¿es mentira, ó es verdad?

No menos bellas son las estrofas puestas en boca de Alfredo que forman parte del cuadro sexto, titulado: *Club político*.—Todavía nos parecen mas profundas y de una entonacion poética mas levantada las que se leen á la conclusion del cuadro quinto de la segunda parte.—Veamos las tres últimas:

Al través de ese impuro torbellino de crímenes y errores, irradia el sol de la verdad divino con vivos resplandores.

Y en torno de él, en círculo girando van mil generaciones, á su luz lentamente desgarrando sus fatigas y prisiones.

Y llegarán los tiempos, hoy distantes, de su imperio fecundo; —¡Los siglos de la historia son instantes en el vivir del mundo!

Todos los cuadros, en fin, tienen mucho que elogiar. El *adios al lector* con que concluye el poema, no puede ser mas tierno, mas verdaderamente poético.

El plan del *Proscrito* es lo que no puede menos de ser en este género de composiciones, en que el poeta suelta la rienda á su fantasia, y la echa á volar por los espacios ilimitados de la observacion, el sentimiento y la filosofia; un plan que parece poco meditado, porque está y no puede menos de estar desigualmente distribuido. Lo mismo se advierte en todas las composiciones de este género, sin exceptuar las de su creador y gran maestro lord Byron, que son tal vez las mas desordenadas, acaso porque son tambien las mas ricas de inspiracion, ó mejor dicho, de lo que los ingleses llaman *humour* y nosotros llamamos *humoradas*.

El interés va en aumento en todo el poema, cualidad de que no puede eximirse ningun género de composicion literaria que aspire á no ser mala. Los personajes todos, menos Alfredo, son secundarios. El carácter de este está bien sostenido en todo el poema; siempre simpático, noble, caballero en toda la estension de la palabra.

La versificacion difícilmente pudiera mejorarse; hay trozos llenos de sentimiento y lozania. Véase como muestra de ello, la preciosa meditacion en quintillas titulada *El sol poeniente*, de que extractamos dos al acaso:

—Raza de ángeles caidos, del cielo desheredados, que naceis entre gemidos, y vivís desesperados, y morís desprevénidos!

¿Por qué la vida adorais?

¿Por qué la muerte temeís?

—¡Tanto el bien desconceís,

que el dolor idolatrais

y la dicha aborreceis!—

Concluiremos este somero juicio, dando la mas cordial enhorabuena al señor GARCÍA DE QUEVEDO, persona á quien apreciamos con todas veras. Y sentiriamos que no siguiese la serie de poemas que tiene el pensamiento de escribir, por falta de... buena acogida en el público. Ya hemos dicho que el *Proscrito* no es mas que una piedra del gran edificio literario que el autor se propone levantar, y al que la posteridad, no lo dudamos, hará cumplida justicia.

C. DE O. Y M.

## LA CAPILLA ESPIATORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO G. DEL CANTO,

oficial de infanteria.

(Continuacion.)

El duque consiguió en seguida lo que deseaba su protegido, y lo armó y equipó con la magnificencia de un príncipe.

Poco tiempo tardó en llevarse á efecto la expedicion, con grande entusiasmo por parte del huérfano, y con maligno placer por la del duque.

Antes de partir solicitó Carlos una entrevista de su adorada, que le fué concedida por el favor de su tia.

Las contó minuciosamente cuanto le habia sucedido con el conde, y la resolucion que habia tomado de marchar á pelear al lado del emperador, donde lograria morir con gloria ó conquistar un nombre que le pusiese al abrigo de todo ultraje en lo sucesivo, para poder tener el derecho de batirse como caballero en caso de que alguno le insultase.

Se repitieron los dos amantes sus juramentos de amor, y se separaron derramando amargas lágrimas, aunque Carlos la prometió que al cumplir los dos años de su partida estaria á sus pies adornado de un nombre conquistado por el filo de su espada.

Apenas el generoso mancebo salió de la península, no pensó mas que en los laureles con que iba á coronar su frente. Solicitó estar siempre en los puntos de mayor riesgo, y tuvo varias ocasiones de dar á conocer de lo que era capaz su corazon de acero.

Así es que todo el ejército expedicionario admiraba su valor y brillantes disposiciones para la guerra, por lo que le colmaban á porfia de deferencias y consideraciones.

Pero donde llegó á su apogeo la gloria del huérfano, fué en la toma de Túnez, donde tuvo la suerte de salvar la interesante vida del emperador, despreciando el riesgo que para conseguirlo corrió la suya, pues recibió en el pecho una lanzada que á pesar de su cota de fino acero le causó una grave herida.

El monarca agradecido le dió por tan plausible motivo las tierras y castillo de Sigüenza y el título de marqués de la Lealtad.

Al mismo tiempo que el huérfano se cubria de inmarcesible gloria contra los hijos del falso profeta, el duque de San Roman estaba poniendo los medios de arrebatarle la hermosa que idolatraba y labrar su eterna desgracia.

Para el efecto se presentó al conde de Sandoval y le pidió la mano de Blanca, que el ambicioso conde le otorgó sin titubear, y sin reparar que además de sus depravadas costumbres, conocidas de toda la corte, triplicaba la edad de su hija.

¡Cuántas desgracias suele acarrear en el mundo la obcecacion y la torpe avaricia de un padre!... ¡Cuántas veces llevan á sus infelices hijas ante las aras del himeneo, como víctimas destinadas al sacrificio, insultando á la naturaleza y á la santa religion, que quiere que los votos que pronuncian los esposos ante las aras de Jesucristo, sean voluntarios é iguales á los que pronuncian las esposas del Crucificado!

El duque no podia unirse á Blanca sin dar cuenta al emperador y obtener su permiso, el cual solicitó inmediatamente.

No podia imaginarse que pudiese aquel titubear un momento en concedérselo, máxime cuando hasta entonces le habia servido siempre mas allá de sus deseos. Por consiguiente, fué mucho mayor su cólera cuando recibió del monarca, no la negativa, pero sí la órden para que suspendiese su himeneo hasta su regreso, que creia ya muy próximo.

Pero no era esta la intencion del emperador. Conocía la pasion que habia inspirado á su salvador la heredera de Sandoval; habia sabido el cruel desaire que le habia hecho el conde cuando se presentó á solicitar su mano, y queria compensar sus padecimientos y su adhesion á su real persona llenándole de honores y distinciones, concediéndole la mano de su amada, y haciéndole conocer por último á un padre, que si bien le habia abandonado cruelmente en su infancia, le habia llorado por muerto algunas veces. Estas eran las miras del monarca al negar ó no acceder por primera vez en su vida á una gracia solicitada por su favorito.

Grande fué el disgusto del pérfido duque cuando vió el mal resultado que principiaban á tener sus tan bien calculados proyectos.

Temía, y no sin razon, que si volvía su rival antes de hallarse en posesion de Blanca, sería casi imposible que pudiese ver realizados sus deseos; pero como no le arredraba nada en el mundo, no temió desobedecer la órden del primer monarca del universo, que con un gesto, una sola arruga de su frente, hacia temblar á todas las testas coronadas, desde las orillas del Póo hasta los confines de la Germania.

Casualmente secundaba sus proyectos con demasia su futuro suegro el conde de Sandoval, pues como he dicho en otra parte, estaba resentido de la indiferencia con que le trataba el monarca, y ninguna ocasion se le podia presentar con mas oportunidad para darle á conocer su enojo. Así es, que decidieron que se verificase el casamiento en secreto en la quinta, un mes despues de haber tomado esta resolucion.

Apenas el apasionado marqués se halló completamente restablecido de su herida, no se apartó de su imaginacion el deseo de volver á los brazos de su adorada Blanca.

Unas veces apareciéndosele el porvenir sombrío, veía los obstáculos que podrian presentarse para poder llamar suya á la que causaba sus tormentos, pues sabia hasta dónde podia

llegar la altanería del conde: otras veces creia que su infelice señora pudiera durante su ausencia haber olvidado su amor, ó cedido á las caricias ó amenazas de su padre, para que aceptase por esposo al duque, de cuyos infucos proyectos estaba informado por el mismo emperador.

Mas cuando cambiaba su imaginacion la decoracion de sus sueños, veía un hermoso panorama por un prisma de mágico color.

Examinaba su juventud, su gallardia, su envidiada posicion en la primera corte del mundo, y el cariño que le profesaba el primero de los monarcas: creia que con tan magnífica perspectiva no podria menos de deslumbrarse la ambicion infernal del padre de su amada, y hasta creia que el mismo emperador habria de influir para alcanzarle la mano de Blanca.

Pero á pesar de tan variados y pintorescos delirios de su exaltada fantasia, se fastidiaba cada vez mas, y ni las caricias de sus amigos y aun del emperador, ni el claro y alegre cielo de Italia adonde habia pasado despues de la toma de Túnez, pudieron dar alivio á su melancolia, la cual estaba seguro de no arrojar de sí, ínterin no pudiese ver y oír á la señora de sus pensamientos.

El emperador, conociendo el origen de la enfermedad de su protegido y querido salvador, pues este era el título que le daba continuamente, le concedió permiso para regresar á España, á pesar de que él tambien iba á partir para Madrid apenas consiguiese una tregua con Francisco I, que estaba encargado de arreglar el papa Paulo III; pero en vista de la decadencia de salud del huérfano, tuvo á su pesar que dejarle anticiparse á su próxima partida.

La buena estrella del huérfano hizo que llegase á Barcelona unos dias antes de espirar el plazo que habia señalado el duque para llamarse dueño de la desgraciada Blanca.

A pesar de lo delicado de su salud no quiso descansar ni un solo dia en aquella plaza, y seguido de su fiel Hernán, emprendió la marcha precipitadamente para Madrid, adonde llegó siete dias despues de su salida, pues no dió un momento de reposo á los caballos ni á su debilitado cuerpo.

Despues de la partida de Carlos para Túnez no habia tenido la infelice Blanca ninguna noticia de su amante.

Ignoraba el título que habia ganado, la gloria de que estaba cubierto, y la herida que habia recibido; pero esta absoluta falta de noticias del objeto de su idolatria la eximió de infinitas emociones y padecimientos, pues si hubiera sabido que su amor habia sido herido gravemente, tal vez la hubiera costado una enfermedad y acaso la muerte.

Sin embargo de esta carencia de comunicaciones, tan comun en aquella época, Blanca pudo saber por su tia Ernestina que su amante habia pasado á Italia, y aunque su tia sabia la herida que habia recibido, no quiso participárselo á su sobrina por no causarla una violenta emocion.

Llegó por fin la víspera del dia en que Blanca habia de ofrecerse en holocausto á la inmensa fortuna de San Roman. Toda la familia se hallaba ocupada en hacer los preparativos de viaje para venir á esta quinta, y la hora de la partida estaba señalada para la media noche, pues el conde queria ocultar con sus sombras sus punibles proyectos.

## CAPÍTULO VI.

El regreso.

Serian las once de la noche en que Blanca creia perdida para siempre sus esperanzas de amor y felicidad, pues iba á partir para esta quinta donde al dia siguiente habria de llamarse duquesa de San Roman, contra su voluntad y la del emperador.

Hallábase en compañía de su tia Ernestina, con quien pasaba la mayor parte del tiempo, y la hermosa no cesaba de sollozar y de lanzar suspiros que hubieran conmovido al corazon mas empedernido.

El conde entró en la habitacion donde estaban las dos amigas, y se informó de la salud de su hija con la mayor ternura posible.

Deseoso de averiguar el motivo de sus lágrimas y suspiros, la hizo varias preguntas, á que Blanca, á pesar de su juventud, contestó con el mayor aplomo, alegando achaques muy naturales.

El conde la dijo que al dia siguiente se uniria para siempre al duque, á quien trató de engrandecer á sus ojos; pero viendo que no sacaba de ella sino lágrimas y ninguna respuesta decisiva, lo mismo que de su cuñada, salió de su aposento lleno de mal reprimido enojo.

—Ya lo veis, mi dulce amiga, dijo Blanca á su tia, ya no me queda ninguna esperanza; mañana seré duquesa de San Roman, ó la cólera de mi padre me sepultará en un claustro, donde moriré como una flor arrancada de su tallo en la primera mañana que abre su aromático capullo.

—Valor, hija mia, os ruego por piedad que no os desconsoléis de ese modo. ¿Quién sabe de aquí á mañana el porvenir que nos espera? Por mi parte no le veo por un prisma tan sombrío como vos. ¿No puede Carlos presentarse de un momento á otro? ¿No es fácil que haya sabido crear una posicion tan brillante, como la del duque, y que sea capaz de satisfacer las miras de vuestro padre? ¿Acaso el monarca no le ama mas que á ninguno de sus cortesanos?

Empeñado en una guerra donde todos los dias se presentaban ocasiones de alcanzar gloria y honores, ¿quién me asegurará que un jóven como él, lleno de valor, de nobleza y de honrosa ambicion, no podrá ser hoy uno de los primeros magnates del imperio, y que tal vez venga mañana mismo y alcanzará de vuestro padre lo que ni las lágrimas de una hija ni las caricias de una virtuosa esposa han podido conseguir?

—Callad, por Dios, Ernestina. No abriguéis esperanzas que son imposibles de realizar, pues me haceis mucho daño con inspirármelas. Nadie como vos para pintar un bello porvenir. Pero ¡ay Dios! ¿Cuán lejos está de la realidad! ¿Quién sabe donde está ni qué hace Carlos ahora? ¿Por qué no ha escrito? ¿Ay de mí! ¿Quién me podrá probar que una lanza enemiga no haya puesto fin á sus dias?... ¿Quién me asegurará que alguna hechicera italiana no le tiene preso en sus lazos? Y aun cuando así no fuese, aunque se conservase fiel y viese hoy mismo cargado de honores y riquezas, se necesitaba

poco para conocer que mi padre jamás dejará de cumplir la palabra que ha prometido al duque. Ya sabéis que tiene en mucho su nobleza y...

—Callad, dijo Ernestina ¿No oís en la calle los ecos de un laud?

Efectivamente, atentas las dos amigas á las dulces melodías de un laud que preludiaba debajo de su ventana, oyeron sin perder ni una letra la siguiente trova, que Hernan sabia de memoria, y me repitió varias veces:

Dejé la Italia florida,  
sus hermosas y su cielo  
buscando ¡ay Dios! un consuelo  
que calmase mi dolor.

¡Blanca! Pálida azucena,  
amor dulce de mi alma,  
devuélvele ¡ay Dios! la calma  
á tu infelice amador.

Si duermes hora, mi vida,  
cuando yo lloro á tus rejas,  
despierta y oye las quejas  
de un amor que tuyo es.

Y si constante á tus votos  
sientes mi pasión tirana,  
abre, hermosa, la ventana  
y me tendrás á tus pies.

Por un impulso de aquellos en que el corazon se apodera de nuestra mente privándola de la facultad de raciocinar, se precipitó Blanca á la ventana y abrióla de par en par.

Pocos momentos bastaron para ver aparecer en ella al protagonista de nuestra historia; pero su adorada, no pudiendo resistir á tantas y tan diferentes emociones como se habian ido sucediendo durante aquel día, cayó desmayada en los brazos de su tia.

Ernestina reprendió aunque dulcemente á Carlos, por haber entrado en su cámara en una hora tan avanzada. Le hizo presente el riesgo que corría su vida si por casualidad llegaba á ser sorprendido por el conde, y le suplicó que se marchase. Pero el huérfano, que no hubiera renunciado á la dicha de hablar á Blanca, aunque hubiera tenido que luchar con la cólera de todo el universo, hizo presente á Ernestina su resolución de no salir de aquella habitación sin haber tenido la dicha de abrazar á su amada. Alegó los infinitos padecimientos que habia sufrido durante su ausencia, y la rogó por último que le permitiese hablarla un momento asegurándola que en seguida partiría.

Ernestina, arrastrada por el encanto irresistible de la voz del huérfano, por el amor que sentía hácia su sobrina, y por el deseo de proporcionarles un momento de solaz despues de tantas penalidades, asintió á los deseos de Carlos.

Con el objeto de que no fuesen sorprendidos tomó la precaucion de retirarse á una galería inmediata que comunicaba con la habitación del conde y desde la cual podia ver, aunque sin oír, á los dos amantes.

Su alma inocente y su conciencia pura como la de los ángeles, no se detenía ni podía pensar remotamente en el riesgo que pudiera correr la virtud y el honor de su sobrina, tan ardentemente apasionada del hombre con quien iba á quedar á solas por la primera vez de su vida.

Carlos, en cuya fisonomía pálida y hermosa rebosaban los síntomas de un placer celestial, se acercó á Blanca, prodigándola los epítetos mas dulces y amorosos que le inspiraba su pasión.

—Mas ¿cuál no sería su sorpresa y confusion, cuando Blanca le rechazó dolorosamente, diciéndole que no podría ser suya jamás?

Estupefacto con acojida tan inesperada, se quedó algunos momentos contemplando el objeto de su idolatría; pero pasado aquel primer instante de anonadamiento, dió cabida en su pecho á la rabia ponzoñosa de los celos, y rompiendo en gritos de furor, acusó á su querida de infiel, ingrata y veleidosa. La manifestó los padecimientos que habia sufrido durante su ausencia para poder hacerse algun día digno de aspirar á su mano, y concluyó diciéndola que la dejaba para que fuese feliz con otro mas digno de poseer su corazon, al que él renunciaba desde aquel momento para ir á buscar en las lanzas enemigas ó en la punta de su daga el fin de una existencia que le era horrible y pesada.

Ya se preparaba á bajar por la escala que le habia servido para subir á aquella habitación, cuando Blanca, que hacia algun tiempo que estaba sosteniendo una lucha desesperada entre arrostrar la cólera de su padre ó el abandono y desprecio de su amor, se decidió á sufrir los castigos mas fieros que le quisiese imponer el primero, antes de ver morir de dolor al hombre que era su bien en el mundo y que tantos sacrificios habia arrojado por ella.

Aquel momento de lucha decidió de la felicidad ó la desgracia de los dos amantes, pues arrojándose Blanca á los pies del huérfano le suplicó con la mayor ternura y arrasados de lágrimas los ojos, la perdonase aquel momento de desvío que habia sido causado por el terror que le inspiraba su padre.

Le esplicó en pocas palabras los proyectos de aquel y la desesperacion en que se habia sumido su tardanza si no hubiera venido aquella misma noche.

Reconciliados aquellos dos seres que habian nacido el uno para el otro, hablaron con entusiasmo del bello porvenir que les esperaba.

Carlos la participó el título que ocultaba su nombre oscuro, la protección y el cariño de que tantas muestras le habia dado el emperador, y la confianza que tenia de poder alcanzar su mano por medio de su influencia.

La manifestó tambien las sospechas que tenia de que el duque estuviese enterado, ó tuviese, al menos algun antecedente de los autores de su existencia, y la resolución que habia tomado de pedirle acerca de esto una esplicacion al dia siguiente.

—¡Pobre huérfano!... Hasta habia tenido momentos en que habia cruzado por su mente la idea de deber su existencia al emperador.

Por último, creyó que el único medio de trastornar los proyectos de sus enemigos era que Blanca apelase al arbitrio de la fuga.

La hizo esta proposicion con la mayor buena fé, pues te-

mia que cuando Blanca se viese frente á frente con su padre, no tendria el suficiente valor para negarse á firmar el contrato; pero ella á pesar de su violento amor rechazó como indigna aquella proposicion, y juró morir antes que abandonar la casa paterna.

El huérfano, ofendido con la respuesta de Blanca, que él atribuía á la frialdad de su amor, volvió á prodigarla los epítetos mas ofensivos, y sacando su daga juró suicidarse á sus piés si no le seguía inmediatamente.

La desgraciada niña, que conocia de lo que era capaz el genio arrebatado de su amado, procuró calmar la agitacion y el desvario de que era presa en aquel instante; pero viendo que no cejaba de su desesperada resolución, le prometió que al dia siguiente cuando el duque se presentase en la quinta, le pediría una entrevista en la cual le manifestaría el amor que la unía á su protegido, amor, añadiría, que solo la muerte podría borrar. Que esperaba de la nobleza del duque que renunciaria generosamente á su mano; pero que si á pesar de una declaracion que tanto debia humillar su amor propio, continuase en la resolución de hacerse dueño de su mano y nunca de su corazon, abandonaría la casa de sus padres y se pondria bajo la protección de un santo monasterio hasta la venida del emperador.

En vista de una resolución tan amante y decisiva, quedó el marqués sumamente satisfecho del afecto que le profesaba su querida, y á los pocos momentos se despidió de ella, no viendo los dos amantes sino un brillante porvenir de placeres y felicidad.

En el momento en que el bravo marqués de la Lealtad montaba su brioso corcel que le esperaba con su criado Hernan á corta distancia de la mansion de Sandoval, y que Blanca acababa de cerrar la ventana y de dirigir la última mirada al sitio por donde se habia alejando su amante, entró Ernestina precipitadamente, diciéndola que el conde se dirigia hácia aquella habitación; pero Blanca, que ya estaba repuesta de sus emociones, máxime habiendo visto partir sin ningun contratiempo á su adorado, recobró su sangre fria, y respondió con la mayor impasibilidad á cuantas preguntas la hizo su padre.

El conde se hallaba en su habitación, cuando fué avisado por un criado de que acababa de ver bajar por una ventana de las que daban á la cámara de su cuñada un caballero. Que habia tratado de seguirle la pista para conocerle y preguntarle á qué habia subido; pero que sus buenos deseos habian sido frustrados á causa de que el caballero se habia alejado á galope en un caballo con que le esperaba cerca del palacio un criado tambien montado, y los cuales creia fuesen el huérfano de Sigüenza y su criado Hernan, aunque á decir verdad, no estaba muy seguro de ello.

Saltó de furor como un tigre el ambicioso conde al saber tan inesperada noticia, y no titubeó un momento en hacer al atrevido huérfano autor de semejante atentado, pues no creia á nadie tan audaz como á él.

Pero no constándole que hubiese vuelto de Italia, máxime cuando las últimas noticias eran de la llegada del emperador á Barcelona, al lado del cual creia al huérfano, conservó alguna esperanza de que seria cualquiera otro el objeto del escalamiento, y no lance de amoríos; pues á pesar del odio que tenia á su cuñada, por creerla causa del amor de su hija al huérfano, la hacia la justicia de no imaginar siquiera que pudiera tener algun amante.

Para salir de dudas se dirigió en seguida á la cámara de Ernestina, en la cual suponía que estuviese todavía su hija.

Esperaba, ya por la agitacion de Blanca, ó por cualquiera otro medio, sorprender su incauto corazon y alcanzar que le descubriese quién era el infame que se habia introducido en su palacio. Pero como la desgracia y mucho mas el amor hacen maestros en astucia á los corazones mas cándidos, y el de Blanca habia sufrido ya tantas pruebas, fué tal su apomo en esta ocasion, que tanto las súplicas como las amenazas se estrellaron en aquella alma de acero templada en el yunque de los sufrimientos.

El astuto conde, que conoció lo impotentes que eran sus esfuerzos, tuvo que sufrir muchísimo para no dejar estallar la cólera que hervia en su pecho y arrancar el corazon de una hija, que se atrevia á mancillar su nombre con tanta insolencia; pero constante en su deseo de llevar á cabo su enlace, á pesar del mundo entero, reservó para en caso de que se resistiese á firmar el contrato, tomar de ella una venganza adecuada á su carácter atroz; y arrojándola una mirada de hiena, se retiró á su estancia.

Apenas se vió solo, llamó al criado que le habia dado tan infame noticia, pues si era el huérfano como creia, el que habia escalado su palacio, podría fácilmente trastornar todos sus planes.

Apenas se presentó el criado, le dijo que si al dia siguiente veia aparecer al huérfano en los alrededores de la quinta, le asesinasen sin compasion, pues además de ganar mucho oro, no tendria ninguna responsabilidad.

Después de haber mandado ejecutar tan vil accion, propia solamente de un alma feroz y brutal, salió de su palacio de Madrid para esta quinta, seguido de su familia y la mayor parte de su servidumbre.

CAPÍTULO VII.

La orgía.

A las ocho de la noche del dia siguiente al en que el conde llegó á esta quinta, se oía en el palacio del duque de San Roman el confuso rumor de voces, y algazara unido al continuo choque de basos y botellas.

Al rededor de una mesa opíparamente servida, pues rodaban en ella con profusion los mas delicados manjares y los vinos mas esquisitos; se hallaban sentadas cinco personas gozando de una funcion de estas que por sí solas son mas que suficientes para pintar el estado de desmoralizacion de una sociedad entera, y á las que con tanta propiedad han dado el nombre de bacanales.

Un ayuda de cámara llamado Sancho, dos pajes barbilampiños, un antiguo lacayo y una morena pálida de unos veinte años de edad que desempeñaba las funciones de ama de llaves, formaban la brillante y oscojida reunion que ocupa nuestra atencion.

Mi santo ministerio es un obstáculo para que os pueda pintar con sus propios colores los dichos obscenos, las alu-

siones picantes y las chocarrerías que sin cesar vagaban de boca en boca de aquella gente soez y desmoralizada; pero á fin de que podais formaros una idea de lo que era aquella orgía, voy á deciros algunas de las ocurrencias de la turba desenfrenada que la comonia, y procuraré escojer aquellas frases que menos puedan manchar mis labios y ofender vuestros castos oídos.

—A la salud del Lobo viejo, dijo levantando un vaso el decrepito Sancho.

—Que Dios le dé una buena noche de boda, contestaron los demás criados, y todos apuraron un vaso lleno de Champagne.

—A la verdad, dijo un paje, que no esperaba yo esta mañana pasar una noche tan deliciosa como esta, y echó una mirada significativa á la jóven que tenia á su lado; pero parece que nuestro amo se ha burlado de la promesa que hizo esta mañana al huérfano.

—Al marqués de la Lealtad, querrás decir, murmuró Sancho.

—Bueno, llámese marqués ó bastardo del emperador, ó lo que tú quieras. Pero lo cierto es que el Lobo le ha jugado una partida como la que dicen que jugó hace algunos años el rey de Francia al emperador.

—Pues esplicate, dijeron todos á la vez, menos Sancho.

—Pues bien, ya que el marrullero de Sancho, que está tan bien ó mejor enterado que yo, no lo quiere contar...

—¿Acabarás?... gritó la morena.

—Voy allá, pichona, no te enfades. Pues señor, como iba diciendo, esta mañana al salir yo de la cámara del duque, digo del Lobo, entraba precipitadamente en ella el marqués (que por cierto ignoraba yo que hubiese regresado de Italia) con los ojos centellando de rabia. Oí muchos gritos dentro de la habitación, de los cuales no pude comprender nada. Como soy algo curioso, ya me habia colocado en buena posicion, inmediato á la cerradura, para ver y oír á mi placer, cuando veo llegar adonde yo estaba al maldito de Hernan, que Dios confunda, tan despavorido y aun mas pálido que su amo.

Si he de confesar la verdad como hombre honrado, tuve miedo á aquel avestruz, cuando lo vi acercarse al sitio en que yo estaba. Como no se digna hablar nunca con nosotros, pues se le figura que es algun marqués como su amo, no me dirigí siquiera una mirada, cuanto mas una palabra, de lo que por entonces me alegré mucho. En fin, como ya no podia lograr mi intento en aquel sitio... pero... dadme de beber, que se me seca la garganta.

—Maldita sea tu garganta, condenado! dijo la morena alargándole un vaso de vino.

El page tomó el vaso, y lo apuró de un trago.

—Ahora es otra cosa, dijo saboreando el vino...

—Sigue, sigue, dijeron todos.

—Pues señor, como os decia, viendo que desde allí ya no podia atisbar nada á causa de Hernan, entré en el gran salon de cuadros, y solo pude cojer al vuelo estas palabras, que llegaron muy confusamente á mi oído.

«Pues bien, yo os empeño mi palabra de duque de no volver á ver á Blanca, ni menos obligarla á que me dé su mano hasta la venida del emperador, á quien someteremos la resolución de este asunto.»

(Continuará.)

COUEDIC.

No son solo las celebridades políticas, literarias y artísticas las que merecen un recuerdo en nuestras páginas: los hombres útiles á la humanidad, que han logrado distinguirse por una serie de actos generosos, son tambien dignos de ser citados: tal es Conédic, marino nacido en el mediodía de la Francia á fines del siglo pasado, que consiguió honrosísima nombradía por el valor que demostró al salvar no pocos buques, cuya tripulacion le debió la vida. Sentimos no tener espacio para publicar algunas relaciones de los peligros que corrió prestando semejantes servicios; baste por hoy decir que su nombre es oído con respeto y gratitud por los marinos.

CUENTOS DE UN LOCO.

Se ha repartido la primera entrega de esta notabilísima produccion del mas inspirado de nuestros poetas. Contiene lo siguiente: Capítulo primero, que dividido en dos partes, sirve de introduccion á esta obra, y en el cual se prueba que los locos y los poetas no ven las cosas del mundo como los demás hombres. Capítulo segundo: de los primeros compañeros que me deparó la suerte en el primer paso de mi mala vida. Capítulo tercero: de cómo aparece la aurora en el presente libro, dando principio á un cuento maravilloso: *Maese Adan y su hija*, cuento diabólico.

De los grabados que adornan la obra, puede formarse idea por los dos que van en la última página de este número.

MAGDALENA.

(Continuacion.)

Las demás piezas se asemejaban á la que acabamos de mencionar; pero en la última habia una escalera angosta y deteriorada que conducia al primer piso.

El anciano Van Troye se agarró al pasamano y subió á él seguido de la multitud; pero como el aposento del enfermo no era bastante capaz para contener á todos, los que no pudieron entrar se arrodillaron en las escaleras, en las salas y hasta en el patio.

Era un espectáculo triste é imponente el que ofrecian todas aquellas cabezas cubiertas en su mayor parte de capuchas negras inclinadas con humildad y recojimiento. Todos oraban ante la escena solemne que tenia lugar á la cabecera del moribundo, y dirigian al cielo fervientes oraciones en favor del hombre honrado que se despedia del mundo. No se oian sin embargo quejas ni sollozos; la flemma alemana permanecia impasible delante de la muerte.

Esta firmeza no se desmentía tampoco en el aposento del moribundo, y en él era donde particularmente podía admirarse la severa gravedad que distingue á los habitantes del Norte.



Magdalena.

A un lado estaban los amigos y parientes del enfermo, y al otro su madre y su hija Magdalena.

La anciana, que frisaba en los noventa años, era ciega, y en sus facciones surcadas por las arrugas se distinguían señales de una larga existencia consagrada al cumplimiento de sagrados deberes, y cuya calma no habian turbado las pasiones. Sentada en un sillón de nogal se ocupaba en hacer media, pues á pesar de su ceguera no podía permanecer en completa inacción. Su nieta Magdalena, arrodillada junto al lecho, lloraba silenciosamente, y ocultaba las lágrimas con sus manos y con las trenzas de su pelo.

El médico tomaba tabaco con la mayor sangre fría. Su semblante, encendido por el uso de los licores fuertes, debía parecer horrible á los ojos de un enfermo que conservase bastante razon para juzgar á su Esculapio. Hablaba con su compadre el boticario, maese Martin Van Honke, primo hermano é íntimo amigo del moribundo. Este hombre nada tenia de flamenco en su fisonomía: era flaco, pálido y patizambo: ocultaba sus ojos sin pestañas con sus anteojos verdes, y vestía de negro; tenia nariz puntiaguda, frente deprimida, labios delgados, y una barba que casi tocaba con la boca.

Después de M. Martin Van Honke, el hombre á quien M. Noël Wamberg parecia que profesaba mayor cariño, era su primo Bruno Corbehen. Este hombre merece una descripción particular que le dedicaremos en otro lugar. Sentado cerca de la cama, examinaba el cadavérico rostro de su amigo con mas emoción que la que podía esperarse de su semblante, cuya espresion canina y dura estaba en perpétua contradicción con el acento meloso de su voz.



El retrato.

En cuanto al moribundo, parecia hallarse en el último periodo de una enfermedad de languidez bastante estraña por mas de un aspecto.

Era hombre de constitucion atlética, y su desnudo pecho permitia reconocer una musculatura de Hércules y la vasta protuberancia de un tórax de ciclope. Su cabeza, huesosa como la de un caballo, reducida á la miseria de la de un esqueleto, no ofrecia mas espresion que el embrutecimiento ocasionado por la fiebre. Sus cabellos grises caian en largos mechones por sus pálidas mejillas. Tal era Noël Wamberg, en otro tiempo el mas fuerte, el mas alegre y el mas feliz curtidor de Saint Omer, quien hacia seis meses sucumbia á un mal lento y terrible, al cual daba el médico pomposamente la calificación de tisis, como si la constitucion del enfermo no desmintiese semejante asercion. Durante aquellos seis meses Martin Van Honke y Bruno Corbehen visitaron asiduamente á su primo. Corrieron voces de que se trataba del casamiento de uno de ellos con Magdalena Wamberg. Bruno Corbehen poseia muchos bienes al sol; pero el boticario, aunque pobre, habia conquistado hasta tal punto la amistad del curtidor, que nadie dudaba de su triunfo. Cuando se hablaba de este asunto, Noël Wamberg cortaba la palabra á los curiosos con una carcajada bastante difícil de interpretar. Por lo demás, aseguraba con franqueza que solo daria su hija á quien tratase de llevarla sin dote. Esta es una manía muy frecuente en Flandes.

—Cuando yo muera, decia el curtidor, heredaré mi hija; es pues mejor que yo conserve mis escudos para hacer que fructifiquen.

Esto no convenia á todos, y ahuyentó á los pretendientes, porque el vigor de Noël Wamberg prometia una existencia tan larga como la de su madre. Bruno Corbehen, que rayaba en los cincuenta años, se mantuvo en reserva sin hacer caso de una fortuna que podía desaparecer de un modo indeterminado y caer en manos de herederos.

Martin Van Honke, por el contrario, demostró el mayor desinterés, y aseguró al curtidor que estaba pronto á casarse con Magdalena sin contar con el dote, y como Noël Wamberg no le contestó, interpretó en su favor aquel silencio. El boticario manifestó desde entonces una confianza sin límites, y habló de los bienes del curtidor como si fuesen ya suyos; no tenia aun treinta años, y tal vez pensaba acertadamente que podría disfrutar de la herencia de un hombre de sesenta, aun cuando tuviese que esperar veinte ó treinta.

Conviene decir que dicha herencia merecia la pena de codiciarse. La ausencia total del lujo podía acaso engañar á un estraño, mas no por eso dejaba de poseer Noël una fábrica de curtidos que valia cien mil francos, una hacienda muy pingüe en las cercanías de Sumbres, y pastos de gran cuantía en los cuales cebaba muchísimo ganado. Todo esto reunido componia una renta de cuarenta mil libras en bienes raíces, libras de hipotecas. Noël Wamberg pasaba pues por el hombre



Anuncios ambulantes.

mas rico de Saint Omer, á escepcion acaso de Bruno Corbehen, cuyos negocios nadie conocia.

Martin Van Honke no tenia mas que su botica bastante acreditada, y su casita de la plaza de Armas, de modo que empleó todos los recursos de su talento para conseguir el objeto que se proponia.

Por fin logró romper el obstinado silencio del rico curtidor. —Martin, le dijo una tarde Noël Wamberg vaciando una medida de cerveza, he tomado mi partido: hubiera podido encontrar un yerno mas acomodado que tú; pero ya que quieres á Magdalena sin dote, te doy su mano; serás rico algun dia, lo mas tarde que yo pueda, y has de saber que tengo mas escudos que los que me suponen. Así pues, dentro de seis meses, esto es el 15 de setiembre, te casarás con Magdalena.

La palabra del curtidor valia tanto como un contrato: estrechó la flaca mano del boticario, y este se apresuró á separarse de él para entregarse al contento que le sofocaba. Muchas personas le vieron bailar á la claridad de la luna, y la criada aseguró que habia pronunciado palabras estrañas durante la noche.

Ocho dias despues se sintió indispuesto Noël Wamberg, y tuvo que guardar cama. Al principio se burló el boticario de la que se creia enfermedad de su futuro suegro; pero cuando al cabo de cuatro meses se vió al coloso reducido á poco mas que un esqueleto, se observó en Martin Van Honke una profunda inquietud, al paso que prodigaba sus cuidados al enfermo, y pasaba los dias y las noches á la cabecera de su lecho. Nadie hubiera sospechado que el boticario fuese capaz de abrigar un cariño tan ardiente, pues su tristeza degeneraba en verdadera desesperacion.

Aunque Bruno Corbehen nada tenia que esperar relativamente á Magdalena, no habia alterado su costumbre, y visitaba á su primo una vez cada semana.

El dia en que da principio esta historia era precisamente el 15 de setiembre, tan deseado por Martin Van Honke, fijado para su matrimonio con Magdalena, y que se habia convertido en un dia de muerte.

El rostro del boticario estaba horrible: en tanto que el sacerdote administraba al moribundo los últimos auxilios de la religion, separó á un lado al médico y le interrogó con una mirada.

—Nada hay que esperar, contestó el Esculapio.

—Pero ¿y si os hubierais equivocado en cuanto á la enfermedad, repuso el boticario, seria tiempo?

—De ningun modo: además nunca me he equivocado.



Magdalena.

¿lo entendeis? Nunca puedo equivocarme; y el mismo diablo no seria capaz de hacer vivir á ese desgraciado dos dias.

Martin Van Honke se mordió los labios con rabia, y examinó con torvas y furiosas miradas la cara del agonizante.

Concluida la ceremonia, se retiró todo el acompañamiento quedándose el abad Van Troyeu. Era uno de esos sacerdotes admirables que comprenden perfectamente toda la estension de sus deberes; por lo tanto cojió una silla y se sentó entre Magdalena y la anciana ciega. Martin Van Honke y Bruno Corbehen permanecian al otro lado del lecho, y mientras el abad pronunciaba en voz baja algunas palabras de consuelo, el segundo de aquellos fijó sus ojos grises en el rostro trastornado del primero.

—Primo Van Honke, hé aquí un triste dia.

—Endiablado, murmuró el boticario.

—Martin, haces muy mal en acordarte del diablo en presencia de un moribundo.

Estas frases en boca de Bruno Corbehen eran verdaderamente irónicas, supuesto que no creia ni en Dios ni en el diablo.

El boticario le miró con inquietud.

—Por lo demás, prosiguió Bruno, comprendo tu desesperacion, porque al fin se ha trocado el dia de desposorios en dia de desgracia.

—Si, de desgracia, de desgracia... dijo el boticario.

—¿Quién habla? exclamó de pronto el agonizante dirigiendo sus miradas hácia todas partes. ¡Ah! ¿Eres tú, Martin? Bien... bien... estais todos á mi lado... Me parece que esto va á terminar pronto... con que así es preciso que os hablé.



El retrato.

La frente del moribundo se despojó por algunos instantes, y aun hizo un esfuerzo, como si procurase sentarse: en seguida preguntó:

—¿Han echado casca en las cubas?

—Sí, Noël, sí, *meu fin* (hijo mio) respondió la ciega; todo está en orden, y las pieles se venderán caras este año.

—Tanto mejor, repuso el moribundo con cierta espresion de placer; hubiera ganado yo ciertamente muchos escudos para mi pobre Magdalena; escucha bien lo que voy á decir, pues pronto dejaré de hablar. En primer lugar, Martin, te doy las gracias por lo mucho que me has cuidado.

El boticario volvió el rostro.

—Si yo hubiese vivido, podrias haber contado con mi palabra; pues á pesar de tus escasos fondos te hubiera entregado la mano de mi hija... sin dote, lo cual importaria poco, ya que la herencia hubiese recaído en tí á debido tiempo; pero ahora ya es otra cosa.

Aquí se detuvo, fatigado evidentemente por los esfuerzos que hacia para esplicarse. La existencia del boticario parecia como suspendida de los labios del enfermo.

—Sí, otra cosa, balbuceó este: Bruno es rico y Magdalena tambien, supuesto que... yo me voy: Así pues, primo... Bruno...

—Está dicho, primo, exclamó Bruno Corbehen, cuyos ojos frios hasta entonces despidieron un relámpago tan amarillo como el oro.

Martin Van Honke murmuró:

—Primo, tu palabra... tu palabra...

—Si muero queda anulada, contestó el enfermo, cuya espresion condicional pintaba admirablemente esa esperanza que nunca abandona al hombre, ni aun en los últimos momentos.

Se recojió, y luchando contra una crisis que le acometia, dijo:

—¡Magdalena!

—¡Padre mio! respondió esta.

—Bruno tiene mas escudos que los que muchos creen. Jura, jura, hija mia, que... te casarás... con él...

Magdalena iba á obedecer aquella orden de su padre moribundo; pero el abad Van Troyeu le dijo al oido con acento imperioso:

—No jureis.

La joven se contuvo, y Martin Van Honke y Bruno Corbehen la devoraban con la vista: cuarenta mil libras de renta valian las palabras que iban á salir de sus labios.

—Jura, repitió su padre agitándose. Magdalena permaneció silenciosa.

—Jura, articuló el moribundo con extraño acento.

Bruno Corbehen colocó su mano sobre el brazo de Noël Wamberg, como si quisiera disputárselo á la muerte... Vencida Magdalena, abrió los labios para hablar; pero un sonido siniestro salió al mismo tiempo del pecho del agonizante.

—Es el *roul* (estertor) exclamó la ciega agitándose en el sillón. Se levantó en seguida, enderezó su cuerpo, y elevando los brazos hacia el cielo exclamó:

—Ah *men pauvre fin*; ya ha muerto... Tú, á quien yo eché al mundo...

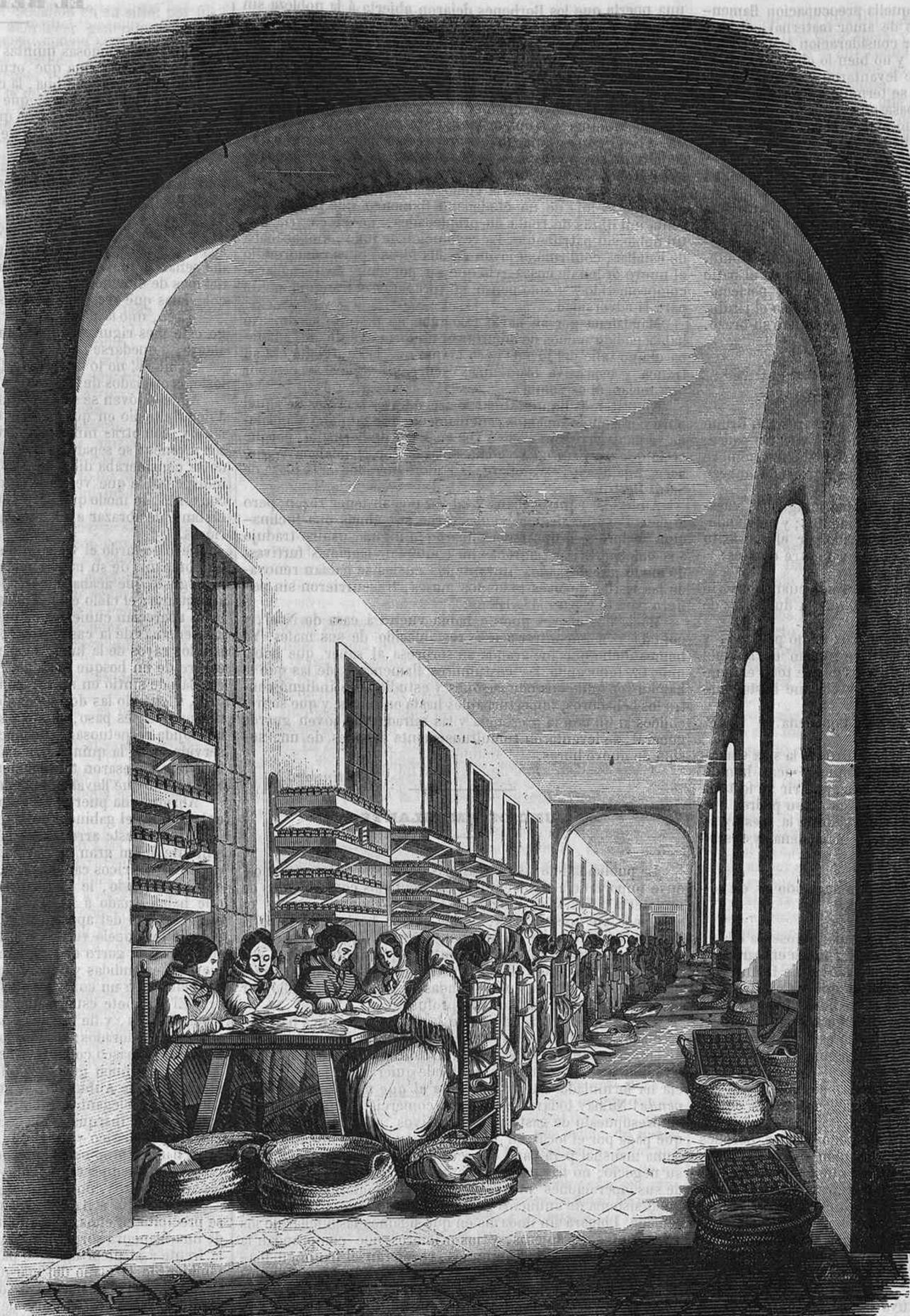
Dos gruesas lágrimas se desprendieron de los apagados ojos de la vieja, y abrieron dos surcos mas en sus mejillas.

Una sonrisa de satisfaccion iluminó el tenebroso semblante de Martin Van Honke, y Bruno Corbehen enseñó sus dientes de jabali.

Los dos se dirigieron hácia la puerta y se encontraron al pié de la escalera de la plaza.

—Ya lo ves, primo, dijo el boticario, Magdalena no ha jurado.

—Sí; pero Noël Wamberg ha muer-



Interior de uno de los talleres de la Fábrica de Tabacos.



Aparatos para colocar los cigarros.

to, contestó Bruno con acento mas meloso que otras veces.

Una hora despues recorria las calles de Saint Omer el *pregonero de la muerte* provisto de su plancha de cobre y de su palo, para invitar á los amigos y conocidos del curtidor Mr. Noël Wamberg, plaza de Saint Berlin, á los funerales que por el descanso de su alma debian celebrarse en la catedral el dia siguiente.

II.

Comida de duelo.

Despues de salir del cementerio los parientes y amigos del difunto Noël Wamberg, volvieron á la casa mortuoria. Se habia dispuesto una espléndida mesa en la sala mas grande del piso bajo para todos los que debian tener parte en la comida del duelo, y la anciana ciega estaba ya preparada para presidirla. En efecto, parecian ya casi borradas de su rostro las señales del dolor, y con todo la vejez habia hecho en ella, desde el dia anterior, terribles progresos; sus movimientos, antes tan precisos, revelaban torpeza é indecision; la faltaba su hijo, el báculo seguro de su ancianidad.

Magdalena hacia inútiles esfuerzos para contener las lágrimas; todas las líneas puras de su rostro habian perdido su armonía: era una fuente clara en la cual habia caído un fragmento de roca. Su traje de riguroso luto añadia un encanto mas á su belleza. Magdalena era rubia como las espigas de Flandes bañadas por el sol de agosto, y blanca como la leche de sus vaquillas; asemejábase su cabeza á las que nos presentan destacándose de una sombra los antiguos pintores de la escuela flamenca.

El abad Van-Troyeu se sentó entre la abuela y la nieta, y al punto ocuparon sus puestos los convidados.

Al principio se observó bastante decoro en la mesa; pero á medida que los añejos vinos del difunto iban apoderándose de las cabezas de los bebedores, se animaba la conversacion, soltaban algunos dichos alegres, y una voz se atrevió á reclamar cierta botella de un liquido que el jovial curtidor reservaba, segun decia, para el dia de su entierro. La anciana ordenó, sin la menor indignacion, que se cumpliese este deseo,

pues le parecia legitimo y natural acceder á la voluntad de su hijo.

Magdalena y el abad fueron tal vez los únicos que se escandalizaron de semejante peticion: se presentó por fin la empolvada botella, y los convidados hicieron amplios honores á su contenido.

Quando se trata de la mesa, la parsimonia flamenca cede su puesto á la prodigalidad, y no es raro que una comida dure siete ú ocho horas.

A los postres se hallaban ya los convidados radicalmente fuera de sí. Sin contar el abad Van-Troyeu, dos hombres se esceptuaban únicamente de la embriaguez general: Bruno Corbehen y Martin Van Honke. El boticario parecia harto preocupado con sus pesares, para tomar parte en los placeres de la mesa; Bruno habia seco, pero podia vaciar un tonel sin turbarse.

Cansado de aquella escena manifestó el abad su indignacion á la anciana, asegurándole que sentia profundamente el disgusto que aquello debia causarle. Pero la ciega se enderezó y le dijo:

—Al contrario, señor abad: quiero que beban y que honren la bodega, para que nadie diga que se le ha puesto tasa en el último banquete de Noël Wamberg.

Sin condenar precisamente aquella preocupacion flamenca, en la cual brillaba un reflejo de amor maternal, el abad resolvió hacer cesar la comida por consideracion á Magdalena. Exigió que se guardase silencio; y no bien lo obtuvo, cuando entonó el *de profundis*. Todos se levantaron y mezclaron sus voces con la del sacerdote; pero se terminó el canto y volvieron á sentarse, y de los postres pasaron al café y á los licores: por último, algunos fumadores, no pudiendo resistir mas, sacaron sus pipas: aquella fué una llamada general, y en un instante quedó la sala cubierta de espirales de humo.

La comida habia empezado á las doce, y ya el sol permitia que a' umbrasen los primeros rayos de la luna.

Magdalena salió de la sala por huir de la pesada atmósfera que en ella se respiraba, y se dirigió al patio á fin de respirar un aire puro.

La luna no se habia elevado aun mucho sobre el horizonte, de modo que el ala derecha del edificio proyectaba en el patio una profunda oscuridad; pero Magdalena conocia perfectamente aquellos sitios, y se dirigió sin tropezar hacia el jardín.

Ya iba á abrir la verja, cuando una mano detuvo su brazo.

—¿Quién sois? gritó al punto.

—Yo, yo, Magdalena, le contestaron en voz baja.

—¿Ah primo Van Honke! Os creia en la mesa.

—Os he seguido, prima, repuso el boticario.

—¿Y con qué objeto?

—Quería preguntaros si consentiriais en casaros con Bruno el avestruz, á pesar de la palabra que me dió vuestro padre, pues lo que ayer dijo no debe tenerse en cuenta: un hombre que se está muriendo olvida muchas cosas, y Noël Wamberg nunca ha faltado á sus promesas.

—Martin Van-Honke, exclamó Magdalena indignada, vuestro discurso es muy extraño en estos momentos; y volviéndose bruscamente dejó al boticario petrificado por el mal éxito de su tentativa. La vió alejarse, y murmuró entre dientes:

—¿Ah! piensas escaparte de mí...

No habia caminado Magdalena diez pasos cuando se vió detenida por una sombra humana, y oyó que la dulce voz de Bruno Corbehen le decia al oído:

—Prima Magdalena, no soy tan avestruz como parecezco, y poseo mas escudos que lo que se cree, como decia Noël Wamberg: no os alarmeis, prima, pues os dejaré todo el tiempo que exijais: tengo vuestra palabra, y ella me basta, supuesto que he beis jurado...

—Nada he jurado yo, le interrumpió Magdalena.

—Es igual, replicó Bruno.

La jóven huyó sin contestarle, y entró en la sala sumamente abatida é irritada por las palabras que le acababan de dirigir aquellos dos hombres, ansiosos de adquirir su fortuna cuando todavía estaban calientes las cenizas de su padre.

El abad Van Troyeu se habia levantado de la mesa y se disponia á marcharse; pero encontró á Magdalena, y observando su turbacion, la preguntó:

—¿Qué tene's?

Ella le refirió llorando lo que le habia sucedido, y en seguida le preguntó:

—¿A cuál de los dos debo aceptar?

—A ninguno, contestó el buen abad separándose de ella.

Cuando Martin Van Honke y Bruno Corbehen entraron en la sala del banquete, cambiaron una mirada: la de Bruno hizo temblar al boticario, quien no dudaba de que su primo fuese un hombre temible: por otra parte, cuando vió brillar sus ojos dos veces en veinticuatro horas, creyó reconocer en el fondo de aquella alma unos abismos que le estremecieron. Resolvió pues jugar contra él una partida segura, y dedicarse á conocer las cartas de su adversario.

Desde luego se dedicó á halagarle; pero se mostró tan rebelde á sus zalamerías como un dogo á las caricias de un desconocido.

La casualidad debia proporcionar poco tiempo despues entre estos dos hombres una reconciliacion aparente. Este acontecimiento se debió á un personaje que no ha aparecido hasta ahora en nuestra relacion, y cuya presencia debia poner término á la vergonzosa prolongacion del banquete fúnebre de Noël Wamberg.

Las nueve daban en el reloj de la iglesia de Saint-Bertin, y ninguno de los convidados pensaba en abandonar la mesa, cuando se oyeron las pisadas de un caballo que atravesaba la plaza.

Un instante despues se detuvo delante de la puerta, y resonaron en ella tres ó cuatro golpes de aldabon.

—¿Quién llama? preguntó el criado de confianza de la fábrica, acudiendo á la puerta.

—Soy yo, Roberto, le respondieron.

—Ah, señor de Croi!... es muy tarde.

Y Roberto abrió muy despacio.

—Vengo á pedir hospitalidad á tu amo, dijo el desconocido: no es tan tarde para que se niegue á admitirme.

—¿Ah, caballero! Llegais en hora desgraciada, contestó tristemente el criado.

—¿Cómo así! ¿Qué hay de nuevo?

—Mi amo ha muerto.

—¿Noël Wamberg!... ¡Ha muerto!... ¿Cuándo?

—Ayer.

—Es imposible.

El criado se encojó de hombros.

El caballero se apeó y atravesó con rapidez el patio, como hombre que conocia las localidades.

Cuando llegó á la sala del festin, se sorprendió en extremo al observar la escena que hemos descrito.

—Me han engañado, dijo en alta voz; Noël Wamberg no ha muerto.

—Os han dicho la verdad, Maës, le respondió la anciana: esta es la comida de duelo; pero llegais tarde á ella.

El recién llegado dirigió una mirada de indignacion á los convidados, quienes le examinaban á su vez con el embrutecimiento que ocasiona la embriaguez.

Maës de Croi era, como lo indica su nombre, oriundo de una de las mas antiguas familias de Francia.

En medio de la desorganizacion providencial que la desgraciada revolucion de noventa y tres atrajo sobre las razas nobles, algunos descendientes de estos permanecieron intactos y procuraron sostener el honor de sus nombres. Uno de ellos era Maës de Croi. Huérfano y sin fortuna, fué recojido por un tío, y colocado en la escuela de bosques y plantíos: era

una puerta que los Borbones dejaron abierta á la nobleza sin recursos.

A los veinte años salió de Nancy Maës de Croi con el empleo de guarda general, y fué destinado á la vigilancia de los bosques de Devres y de Boloña.

Sus asuntos de servicio le llamaban frecuentemente á Saint Omer, y renovó allí su conocimiento con el rico curtidor Noël de Wamberg, á quien habia visto muchas veces en casa de su tío. Fué recibido con los brazos abiertos, á pesar de que se le tenia por un *trot brin fier*. Como ya se lo habrá figurado el lector, Maës no vió impunemente á Magdalena; pero se acostumbró á considerarla como á una hermana, sabiendo bien que la hija de un ciudadano flamenco que poseia cuarenta mil libras de renta en propiedades, no se casaria con un noble sin patrimonio. La revolucion de julio, que acababa de estallar, confirmó al jóven en sus ideas, pues comprendió el nuevo orden de cosas, vió que su porvenir podia hallarse comprometido, y solo pensó en prepararse tranquilamente para la adversidad.

Magdalena por su parte razonaba de distinto modo. No habia podido menos de admirar el uniforme verde que ajustaba el fino talle del jóven; pero lo que mas la cautivaba era su franca y espresiva fisonomía, oscurecida algunas veces por una melancólica sombra.

No tratemos de investigar los recónditos secretos de aquel puro corazón, y digamos sencillamente que tambien Magdalena se habia acostumbrado á ver en Maës un hermano, porque creia que un Croi no se podia enlazar con Magdalena Wamberg, hija de Noël Wamberg, curtidor-zurrador de la plaza de Saint Bertin.

Ambos se equivocaban, y tal vez podian tener razon; pero lo cierto es que siempre conservaron sus almas una inclinacion reciproca. Nunca se esplicaron; ningun suspiro tradujo sus emociones; sus miradas no contenian lágrimas furtivas; de modo que dos años, durante los cuales se habian renovado las visitas de Maës todos los meses, transcurrieron sin peligro para él y para Magdalena.

Hacia dos meses que no habia vuelto á casa de Noël, y contaba con encontrar á este restablecido de sus males. Ya hemos dicho que fué grande su sorpresa al saber que habia muerto. Ignorando las costumbres flamencas, de las que le habian separado sus ocupaciones y estudios, se indignó contra los bebedores, imperturbables hasta entonces, y que sobrecojidos al fin con la presencia y las miradas del jóven guarda general, se levantaron tumultuosamente despues de una sesion de nueve horas.

(Continuará.)

#### ANUNCIOS AMBULANTES.

La publicidad de las mercancías por medio de los anuncios cuya importancia conocen perfectamente los comerciantes de Inglaterra, Francia, Bélgica y Estados-Unidos, apenas es apreciada en nuestro país, donde existia hasta hace poco la preocupacion de que un anuncio envolvia cierto descrédito para la cosa que se ofrecia en venta, y que era preferible esperar pacientemente tras del mostrador que el público advinara lo que se vendia en las tiendas, á invitarle con ello por medio de avisos repartidos con profusion.

De algunos años á esta parte la prensa periódica ha desarrollado algun tanto la costumbre de anunciar; pero ¡cuán distantes estamos aun de aproximarnos siquiera en materia de publicidad á lo que se hace donde quiera que la esperiencia ha formulado este axioma que *el que mas anuncia mas vende!* No hay todavía en España comerciante que señale en su presupuesto de gastos reproductivos, al lado del alquiler que paga por el local en que tiene su establecimiento, una suma mensual para dar á conocer los productos con que hace su negocio; no hay casa mercantil que considere como una de sus operaciones mas importantes la combinacion de un buen sistema de anuncios periódicos tantas veces al mes ó la semana. Llegará sin duda dia en que sigamos las huellas de los anunciante extranjeros, y los primeros que comprendan la utilidad positiva de los anuncios, recojerán el fruto en mayor escala que los que les imiten; pero entre tanto son dignos de elogio los esfuerzos que se hacen para desarrollar uno de los medios mas poderosos de contribuir al fomento de la industria.

Nuestros lectores recordarán que en el número de LA ILUSTRACION correspondiente el 19 de junio último de 1852, consagramos algunas páginas á dar á conocer las diferentes formas de anunciar que se usan en Londres, dejando aparte la de los periódicos, que es sin duda alguna la mas importante de todas. Una de aquellas, la de anuncios ambulantes por medio de carruajes destinados únicamente á este objeto, es la que una empresa acaba de establecer en Madrid bajo buenos auspicios, puesto que, segun tenemos entendido, cuenta ya con una coleccion de anuncios de todas clases.

Esta empresa ha calculado que la publicacion constante de anuncios del comercio en una capital populosa es un adelanto que todos reconocen, y que se ha aclimatado en nuestro país en provecho de compradores y vendedores, merced á los esfuerzos empleados por la prensa periódica; y ha pensado que mereceria el aplauso de todos una publicacion diaria é incesante de *anuncios ambulantes*, que recorriendo las calles de la capital en todas direcciones, *manifesten* al público en caracteres abultados avisos de todo género.

Con este sistema activo, los anuncios ó avisos van á encontrar al público, aquí, allí, en todas partes, aumentando el número de compradores, en vez de aguardar que el público, siempre perezoso, vaya á buscarlos.

El principal elemento de que se vale para la publicidad, son unos carruajes de la forma dibujada en la viñeta que va en la página 148, cuyos lienzos divididos en varas cuadradas como unidad de medida, dan lugar á cuantas publicaciones se deseen pintar en caratères y dimensiones convencionales.

Un dependiente sigue cada vehículo, repartiendo prospectos.

Solo falta una cosa, y es que esta empresa, comprendiendo sus intereses mejor que los han comprendido en España otras tantas de diversos géneros, establezca una tarifa sumamente módica, si no quiere esponerse á un desengaño.

Entre las deliciosas quintas que bañan las aguas del pequeño Loira, hay una que ocupaban, hace algunos años, un anciano caballero y su hija, la condesa viuda de Merval, modelo de todas las virtudes, que hacia olvidar á su padre con sus cuidados los males físicos que le aquejaban, y era al mismo tiempo el consuelo de su vejez por la gracia y la dulzura de su carácter.

La señora condesa de Merval tenia una hija que iba á cumplir diez y siete años, y habia resuelto sacarla del convento en que se educaba el día mismo que llegase á dicha edad. Batilde no ignoraba la determinacion de su madre, y pasó los tres últimos meses que permaneció en su retiro en formar con sus compañeras mil proyectos para la época de su partida. El día señalado fué á buscarla su madre, y como era el primero del mes de diciembre, no pudo menos de observar una de las colegialas que el campo debia estar muy triste á la sazón.

—Creo, dijo la condesa, que Batilde preferirá pasar conmigo este mes riguroso en el campo, aun cuando no esté muy alegre, á quedarse aquí sin vermè.

—¡Oh! Sí, no lo dudeis, madre mia, respondió Batilde con los ojos preñados de lágrimas.

Aquella jóven se sentia conmovida por varias razones: iba á dejar el asilo en que habian transcurrido los días de su infancia, con otras niñas, que como ella, habian llegado ya á ser jóvenes; se separaba de unas buenas amigas, y aun cuando se consideraba dichosa al volver al lado de su madre, era indispensable que vertiese algunas lágrimas por su querido convento, de modo que lloró abundantemente no bien llegó el instante de abrazar á sus amigas y de despedirse de sus superiores.

Pero no tardó el viaje en distraerla, y la felicidad de verse en compañía de su madre pudo mas á pocos mometos, que el disgusto que acababa de experimentar. Llegaron de noche á la quinta; el cielo estaba encapotado, y el campo y los árboles aparecian cubiertos de nieve: se hallaban cerradas todas las ventanas de la casa, y esta, al pálido reflejo que proyectaban los rayos de la luna, se asemejaba á un mausoleo en el centro de un bosque sagrado.

Batilde sintió en su corazón un estremecimiento de tristeza, y cuando las dos hojas de la puerta principal se abrieron para darles paso, siguió á su madre, sin parar mientes en la acogida respetuosamente afectuosa que la hacian todos los servidores de la quinta. La madre y la hija, precedidas de un lacayo, atravesaron tres salones inmensos y oscuros, no obstante la luz que llevaba el primero.

Abrióse una puerta, luego otra, y por último las viajeras entraron en el gabinete del marqués.

Veíase á este arrellanado en un ancho sillón de damasco enfrente de un gran fuego: bugías con pantallas de gasa verde ardian en ricos candelabros, y el primer ayuda de cámara, en pié á su lado, le leia un periódico, mientras una muger que habia criado á la condesa recitaba sus oraciones en el otro extremo del aposento. Cubria al marqués una holgada bata de terciopelo verde claro forrada de armiño, y abrigaba su cabeza un gorro de la misma tela: por lo que hace á sus piernas, estendidas y descansando en un taburete, se hallaban envueltas con un cobertor de satin color punzó y bordado de oro. El gabinete estaba adornado de pinturas al fresco, á la moda italiana, y de buenos cuadros, dispuestos en magníficos marcos dorados: la cama ostentaba colchones y almohadones de damasco color de cereza, y los demás muebles revelaban lujo y buen gusto: la alfombra, por último, sedosa y espesa, era de Aubusson; de modo que el gabinete de aquel anciano era elegante, aunque el estilo de sus adornos algo antiguo, y el marqués solia decir que todo lo que rodea á un viejo debe ser rico y gracioso, á fin de hacer mas soportables los achaques propios de su edad. Debemos añadir que la fisonomía del marqués era noble, y que, aunque enflaquecido por los sufrimientos, no aparecia enfermizo su rostro.

No bien vió á Batilde, cuando abrió los brazos; la jóven se precipitó en ellos, y se inclinó sobre la mano de su abuelo, de una blancura sorprendente: por su parte el abuelo dio en la frente á la nieta un beso paternal. La condesa se apoderó tambien de la mano del marqués, y se informó con el mas tierno acento y la mas viva solicitud de cómo habian transcurrido para él los tres dias de su ausencia.

—El marqués lo ha pasado bien, dijo el ama de gobierno.

—Y ahora estoy mejor desde que os veo á las dos, añadió el marqués.

Una dulce sonrisa esplayó su fisonomía al contemplar á Batilde, é inclinándose hacia la condesa pronunció en voz bastante baja para no ser oida, mas no lo suficiente para que dejase de adivinarse, esta frase que tanto placer causa á los jóvenes y aun á las que ya no lo son:

—¿Qué bella es!

La condesa hizo á su padre una señal de inteligencia y no tardaron ella y Batilde en retirarse á sus respectivos aposentos. La doncella de confianza, que debia servir á la última, procedió á su tocado de noche y la previno que se acostaba en el cuarto inmediato al suyo, de modo que para llamarla le bastaria tocar la campanilla colocada en la mesita de noche.

Cuando Batilde se encontró en su lindo lecho con sobrecama y colgaduras de muselina bordada, con un buen fuego en la chimenea y dos bugías encendidas, empezó á reflexionar.

—Mejor es esto que la pension, se dijo; pero me parece muy triste, y voy á pasar un mes mortal en esta quinta... ¡Ah! ¿Qué haré para distraerme?

Un tizon de la chimenea se corrió hacia afuera, y Batilde en vez de llamar á la doncella, costumbre que no habia adquirido aun, se levantó para echarlo al fuego: sus miradas se fijaron casualmente en la parte superior de la chimenea, y vió fija en la pared una miniatura, que representaba á un jóven con uniforme de alumno de la escuela politécnica.

Como hacia frio, descolgó el retrato y se lo llevó á la cama, donde lo examinó despacio, pareciéndole no solo bien trabajado, sino muy lindo: Batilde, en su entusiasmo por el arte, que cultivaba ventajosamente, no se cansaba de admirar aquellos ojos azules, aquellos cabellos negros y aquella fina y dulce sonrisa, aunque algo desdenosa.

—¡Ah! murmuró, el modelo de este retrato debe ser un jóven muy bonito.

Volvió á levantarse y dejó el medallón en su sitio: por último se durmió; y como suele acontecer generalmente que los últimos objetos que han llamado nuestra atención durante el día se representan en sueños, Batilde soñó con un jóven, que llevaba el uniforme de la Escuela Politécnica y que se parecía mucho al del retrato. Por la mañana entró en su cuarto la doncella, y dió principio al tocado de su señorita; pero mientras se ocupaba en destrenzar sus hermosos cabellos, observó que la jóven, colocada en frente de la chimenea para calentarse los pies, examinaba la miniatura: lo hacia sin duda para ver si el jóven que habia encontrado en sus sueños tenia alguna semejanza con aquel retrato. Entonces le dijo de pronto la doncella:

—¡Ah! La señorita está mirando el retrato del señor vizconde Gaston de Mirleux, que dejó aquí mi señora la condesa el último año que vino á la quinta. ¡Qué hermoso es! ¿No digo bien, señorita?

Batilde se ruborizó y no pudo responder.

—Y se parece tanto, añadió Lisa, que no le falta mas que hablar.

—Conoceis al vizconde? le preguntó Batilde.

—Hace tres años que vino á pasar un mes á la quinta: salia entonces de la Escuela Politécnica, y mi señora la condesa quiso verle antes de que partiese para el Africa.

—¡Oh! ¿Está en Africa? murmuró Batilde.

—Sí, señorita; pero debe volver este invierno á París, y le vereis continuamente, porque desde que murió su madre, íntima amiga de mi señora la condesa, el vizconde, siempre que está en París, viene á la quinta casi todos los días.

—¡Oh! repuso Batilde, es decir que mi madre apreciaba á ese jóven.

—Muchísimo, contestó Lisa con la mayor seguridad. El señor vizconde sera sin duda este invierno pareja de la señorita en los bailes, porque la señorita irá á ellos.

—Lo creéis así, Lisa? dijo Batilde considerándose feliz.

—Os lo aseguro, señorita, porque mi señora la condesa decia últimamente á mi señor el marqués: «Padre mio, ¿me permitiréis que este invierno presente algunas veces en sociedad á vuestra nieta?—Y el marqués respondia: «No solo te lo permito, sino que lo exijo.»

—¡Qué bueno es mi abuelito! exclamó Batilde conmovida. ¿Y mi madre...

—¡Oh! mi señora la condesa, señorita, es un ángel en la tierra.

La doncella se retiró, y Batilde bajo al salon, donde su madre la esperaba.

La condesa, despues de haber abrazado á su hija, le habló de sus ocupaciones durante el mes que debia permanecer en la quinta.

—Tú me reemplazarás, hija mia, la dijo, é irás á visitar á los desgraciados y á llevarles limosnas con Lisa, para que yo pueda trabajar al lado de mi padre sin dejarle solo. Desde hoy darás principio á tus correrías, y aquí tienes la lista de los pobres de la aldea, así como lo que darás á cada uno de ellos: ya verás que contentos se mostrarán al concertarte.

Batilde recibió de su madre un bolsillo y una lista, y despues de haber saludado á su abuelo, llamó á Lisa para que la acompañase, y salió.

Nunca habia experimentado un placer tan grande como el que sintió al cumplir la mision que la condesa le confiaba.

Ayudar á su madre en sus actos de beneficencia le parecia un honor que la ensalzaba á sus propios ojos.

Batilde desde aquel momento no se consideró como una pensionista que acababa de salir del convento, sino como una jóven que daba en el mundo los primeros pasos. ¡Con qué placer se dejó calzar los chanclos, y admitió el gran manto de lana con capucha que le presentó la doncella! ¡Con qué júbilo se metia entre la nieve para volar al socorro de los necesitados!

—¿Sabeis adónde vamos? preguntó á Lisa.

—Sí, señorita, pues tengo el honor de acompañar á mi señora la condesa todas las semanas en la visita que hace á sus pobres. Por lo pronto, añadió abriendo una puerta, detengámonos aquí.

Era la sala de asilo para los hijos de jornaleros pobres: veinticinco niños se hallaban reunidos en un cuarto bajo, aseado, sano y abrigado. Cuando entró Batilde, las hermanas que cuidaban de ellos, les hacian recitar sus oraciones: eran las doce, y la hija de la condesa se arrodilló para rezar con aquellos inocentes é implorar en su favor la clemencia del cielo.

La hermana mayor, inquieta, se informó de la salud de la bienhechora de la aldea, y Batilde le respondió que ella iba en su lugar, para que su madre pudiese cuidar al anciano marqués.

Los niños miraban á aquella señorita y se sonreian, como hacen siempre los de su edad cuando ven un rostro lindo y agraciado.

Despues de esta primera visita, entró Batilde en las casas de los enfermos, de los ancianos, de los jornaleros sin trabajo, y de las familias demasiado numerosas. Todos obtuvieron su correspondiente donativo, todos dirigian mil bendiciones á la condesa y á Batilde, porque suponian que esta era tan caritativa como su madre.

Batilde volvió de su excursion tan contenta, que ya sentia que llegase el momento de abandonar la quinta. Al entrar en ella le dijeron que el señor marqués la esperaba, y entró sin detenerse en su gabinete: sus ojos tenian una expresion que solo puede inspirar la satisfacion de haber obrado bien.

—¡Ah, madre mia! exclamó al ver á la condesa: dadme vuestra mano para que deposite en ella todas las bendiciones de los pobres.

Y besó, deshecha en lágrimas, la mano de la condesa.

—Ya ves, hija mia, le dijo esta, que hay en el campo ocupaciones, y que la nieve y el frio no se oponen á los goces del corazón.

El marqués recobraba su alegría al contemplar á su nieta, y por fin la permitió que fuese á quitarse los chanclos y el manto de lana: á poco rato volvió al gabinete y pidió licencia á su madre para trabajar á su lado. ¿Y á qué obra dió principio? ¿Se puso á trazar algun adorno? No: se presentó con un envoltorio de tela blanca, y empezó á cortar gorritas y camisas para una criatura que habia visto en la cama en casa de una pobre muger de la aldea.

—Mientras permanezca en la quinta, dijo la jóven, quiero trabajar para los hijos de los necesitados, si me lo permitis.

—Pues es claro, contestó el marqués sonriéndose: de ese modo aprenderás á trabajar algun día para los tuyos.

El marqués miró á la condesa, y esta le hizo una seña: Batilde bajó los ojos... y tal vez cruzó por su mente el recuerdo de su sueño.

A escepcion de tres horas dedicadas al piano, al dibujo y á la lectura, Batilde empleó los días que permaneció en la quinta en hacer obra para los pobres y en visitarlos. El mes de diciembre transcurrió con tanta rapidez, que cuando vió que se preparaba la marcha á París se admiró mucho, y experimentó menos placer que el que se habia figurado. Se tranquilizó sin embargo respecto á los pobres de la aldea, al oír hablar á su madre con el cura respecto á las limosnas durante el invierno.

—Haced trabajar en la quinta á todos los que esten desocupados, decia la condesa al eclesiástico: cuantos mas dichosos me presenteis á mi vuelta, mas amigos seremos.

—Y aquí teneis, añadió tímidamente Batilde, estas mantillas, que enviareis á Jaquelina para su niño: cuando escribais á mamá, me hareis el favor de decirme si el pobrecito necesita alguna cosa.

El buen cura ofreció llenar con el mayor celo las intenciones caritativas de la condesa y de su hija. Al día siguiente, una berlina de viaje con cuatro caballos de posta se llevaba á la que llamaban los pobres la providencia de la aldea. Todos los habitantes salieron al camino para saludar y bendecir al marqués, á su hija y á su nieta.

(Continuará.)

## LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

(Continuacion.)

Aquella elegante morada, situada entre el patio y el jardin, era el nido de una preciosa jóven, cuya hermosura ya hemos tenido ocasion de admirar. Coraly habia elegido su residencia no lejos del palacio encantador en que la señorita Guimard, á la sazón de treinta y seis primaveras, recibia... no la corte antigua, sino las ilustraciones de fecha reciente, que no por esta circunstancia carecian de buenas maneras, de talento ó de fortuna. La calle de la Calzada, despues de los sustos revolucionarios, volvia á adquirir poco á poco su antiguo lujo y su esplendor pasado. Coraly pues vivia en ella como persona distinguida, y porque la tradicion designaba aquel rincón del mundo á la galanteria.

Eran poco mas ó menos las cuatro de la tarde y habia tenido lugar un festin delicioso en casa de Coraly, la que, entre otras grandes cualidades, contaba la de poseer un excelente cocinero. Siempre será una gloria eterna para el Directorio, ya que no redunde en honra suya, el haber restablecido en Francia el epicurismo, perseguido furiosamente por la rígida y austera revolucion. Los convencionales se equivocaron completamente al juzgar á la nacion francesa: no era ni será nunca esparciata, sino ateniense en el sentido mas esquisito de esta calificacion.

Coraly habia obsequiado aquel día á los Pericles y á los Alcibiades de la época. Varias ilustraciones del poder saboreaban las delicias de una digestion, que facilitaban las melodias del harpa de la ninfa, en un bellissimo salon del piso bajo, y arrellanadas en sillones adornados con molduras dóricas y en un canapé que traia á la memoria el antiguo *trichinium*. Barras, que era uno de los convidados, se vanagloriaba de que conocia las artes; sus colegas, Gohier y Moulins, menos delicados, querian tambien pasar por protectores de lo que estaba en moda; en cuanto á Ouvrard, el Luculo de los ordenadores generales del ejército, siempre tenia fondos disponibles en favor de los artistas; Lareveillere Lepeaux se empeñaba en pasar por ateniense, y el ciudadano Roger-Ducos, en su cualidad de amigo íntimo del abate Sieyes, no se avenia á ser tenido por un bárbaro, y afectaba una predileccion cómica en pró de las ciencias metafísicas y económicas. Por otra parte, ¿cómo resistirse en aquel instante á las seducciones de la armonia, si Coraly acompañaba en el arpa al mas aplaudido y celebrado cantante... á Garat!

—¡Garat acababa de cantar con tanta perfeccion y seguridad, como si no hubiera comido con los príncipes del epicurismo gastronómico, cuyos nombres hemos apuntado. Nuestros padres se volvia locos con Garat, cuya fortuna artística procedia de los conciertos de la reina María Antonieta, y que habia atravesado el terror con una lira en la mano, mas cuidadoso de su garganta y de la perfectibilidad de su método ó escuela, que de los trastornos sociales.

Los grandes hombres del Directorio le distinguian, porque le distinguia el público. Preciso es confesar que dicho cantante, con su traje excéntrico, con su desmesurada corbata y con su peinado de *cabello de ángel*, era uno de los tunos mas imperitinentes de la época: era además feo, tenia buen cuerpo, una suficiencia fabulosa, y mas vanidad que un pavo real; pero cuando cantaba se convertia en un ser hermosísimo, y arrebatava todos los corazones.

Habia ejecutado ya con acompañamiento de arpa muchos temas de Gluck, de Piccini y de Mozart, que al fin consiguió entrar en moda, cuando se presentó un criado y entregó una carta al ciudadano Gohier, quien la leyó á solas, se levantó despues para comunicar á Barras su contenido.

—¿Qué diablos nos quiere ahora? dijo el sensualista Director, cuyas beatitudes armónicas y digestivas interrumpian.

—Es esta ocasion para hablar de negocios?

—Pero, ciudadano, respondió Gohier, la policia no tiene hora fija; habla y obra siempre que puede.

Moulins y Lareveillere-Lepeaux aproximaron sus sillones á una señal de Gohier. Barras se encontró en medio de sus colegas y como comprometido á celebrar una sesion, de la cual era presidente: tambien Roger-Ducos se reunió á ellos.

—¡Ah! exclamó Garat inclinándose hácia Coraly: ya se reúne el consejo, y aprovecho la ocasion para ir á Feydeau, pues ensayamos esta noche el concierto para mañana. Me esperan la señorita Saint-Aubin y Elleveion, así como me fastidia Martin... Con que, adios. ¿Ireis allá?

—¿Al ensayo? Tal vez, contestó Coraly: como que me dan

ganas de dejarles que decidan aquí de la suerte del estado... Mirad á Barras; tiene sueño y está furioso.

—Llevémonos al ciudadano Ouvrard, observó Garat.

—En efecto, y sírvanos su carruaje, que está en el patio, añadió Coraly levantándose.

El ordenador general, que se consideraba de mas en el consejo, siguió con gusto á los dos melomanos, y á los pocos minutos conducia un coche á los tres al país de los encantos, á aquel Feydeau de inmortal memoria.

Barras fué el único que notó la ausencia de Coraly.

—Demasiado sé que nuestro Fouché no se está quieto un minuto, dijo con enfado, y que cuando estamos de fiesta siempre viene á aguar nuestros placeres.

—Ciudadano presidente, repuso Moulins, el hecho es grave. Tenemos un emisario de Bonaparte que ha venido á París á concertarse con los realistas, y ya veis que no le faltan fondos, supuesto que ha entregado hoy mismo cuatrocientos mil francos en la caja de ventas de bienes nacionales por una tierra que acaba de comprar.

—El hombre que compra tierras no conspira, murmuró Barras.

—Eso es cierto, generalmente hablando, le respondió Gohier: mas ¿quién nos asegura que esa tierra no es un premio por los servicios que presta á los enemigos de la república?

—De modo, añadió Lareveillere, que, segun vuestra opinion, Bonaparte se entiende pura y simplemente con los realistas, les sirve en sus planes, y se prepara á volver de Egipto para ponerse á sus órdenes... Conoceis muy poco al general: creedme; si obra, es por cuenta propia.

—Soy de ese mismo parecer, replicó Barras.

—Pero ¿de dónde proceden esos fondos del capitán? preguntó Gohier.

—Yo os aseguro que no han salido del bolsillo de Bonaparte, dijo Barras. El pobre caudillo nos ha dirigido diez pliegos desde que salió de Tolon, pintándonos la escasez de recursos de sus tropas, y recuerdo perfectamente que á ninguno de ellos hemos contestado.

—Es cierto, observó Moulins. Reasumiendo, diremos: que ese oficial dispone de sumas considerables: ¿quién se las facilita? Hé aquí la primera cuestion. ¿Conspira? Esta es la segunda. ¿Con quién y para qué fin conspira? Ya tenemos la tercera.

—Eso atañe al ministro de la policia, repuso Barras. ¿Por qué no nos informa mas circunstanciadamente?

El criado entró de nuevo en el salon y puso en manos de Roger-Ducos, que hasta entonces no habia desplegado los labios, una carta de parte del ciudadano Sieyes.

—Vamos, vamos, exclamó Barras; nuestro amigo Ducos nos explicará algunas cosas, supuesto que le escribe su abate.

—Ciudadanos colegas, pronunció Roger-Ducos, el abate sabe tal vez á estas horas mas que nosotros: el capitán del estado mayor de Bonaparte ha estado dos horas en el gabinete de Tal yrand, donde se hallaba tambien Sieyes.

—¡Ah! Ya le hemos pillado, gritó Barras, porque el pobre diablo, al verse entre un abate y un obispo, debe haber hecho una confesion general.

Una carcajada general acogió estas palabras; pero Roger-Ducos leyó una posdata de la carta que contenia lo siguiente: «Debo manifestaros que el tuno es impenetrable, pues ha hablado tanto, que ha agotado nuestra paciencia y nuestra curiosidad, y hemos sacado en limpio que nada nos ha dicho.»

Barras fué el único que se rió estrepitosamente al oír esto. El consejo improvisado levantó la sesion y se dispersó. Barras creyó que todavía debia permanecer en su sillón, pues tenia una cuenta que solventar con esa hermosa divinidad llamada somnolencia, amable y generosa amiga de la digestion.

## CAPÍTULO XI.

Un alto tribunal de justicia improvisado.

El calor habia sido sofocante durante el día, pero la brisa de la tarde refrescó la atmósfera de la gran ciudad. En ningún país del mundo se aprecia el buen tiempo tanto como en París; en ninguno tampoco ejercen las influencias atmosféricas tanto poder sobre la parte moral de la poblacion. En el campo se vive, por decirlo así, demasiado cerca de la naturaleza, y nada se agradece á esta, pues la costumbre produce la ingratitude, ó al menos la indiferencia. En una gran ciudad, la menor sonrisa de la naturaleza bienhechora es un beneficio, un favor inestimable: el árbol que reverdece, el pájaro que canta y el venticillo que murmura, al atravesar una calle, se consideran dones de gran precio, que escitan poderosamente nuestras sensaciones.

Serian como las seis de la tarde cuando el ciudadano Botto, secretario del presidente del Directorio, fué á casa de Coraly á recibir órdenes de su señor. Barras ordenó le dijese que le esperaba á las siete, y Botto se retiró contento, pues tenia una hora para solazarse.

Conviene saber que en el salon del piso bajo, donde el ciudadano director se habia entretenido despues del festin leyendo los periódicos y dormitando, acababa de entablarse una animada conversacion. Coraly, al volver del ensayo de Feydeau, habia encontrado á Pericles de malísimo humor; pero no era muger que se asustaba de esos amagos de ceño ó de enfado, nubecillas errantes en las altas regiones de la galanteria. Si la nube pasaba, no volvia á acordarse de ella; pero si, sobrecargada de electricidad, reventaba con estrépito, sabia hacer frente á la tempestad, sin cerrar los ojos cuando brillaban los relámpagos, y riéndose de los truenos y de los rayos. La temeridad era su valor.

—Pero en fin, señorita, la preguntaba Barras por tercera vez, ¿desde cuándo y cómo os inspira tan grande interés ese oficial?

—Desde que he conocido, ciudadano director, que vive tiranizado por vuestra policia, respondió Coraly.

—Teneis un corazón sensible hasta el exceso, señorita; mas se me figura, por el contrario, que esas pretendidas persecuciones de la policia nada tienen que ver con los motivos de vuestra simpatia.

—¿De veras, gran ciudadano?

—Semejante á todas las mugeres de imaginacion exaltada, á todas las mugeres de caprichos inflamables...

—La palabra es escogida, ilustre director.  
 —Sí, *inflamables*, repito; semejante, como decia, á esas mugeres, os habeis entregado de pronto á la *bella* pasion que os inspira ese *bello* desconocido. Ya se ve, un oficial jóven, recién llegado de Egipto, que ha tenido parte en diez batallas campales, que ha recibido varias heridas, buen mozo, bastante desdenoso, que tal vez nunca ha amado, animoso, ardiente, mala cabeza, insensible, libertino...  
 —¿Habeis acabado ya, sublime filósofo?  
 —Todavía no, señorita. Semejante conquista debe halagar mucho á una muger. Lo desconocido atrae siempre á los humanos, y para la mayor parte de las mugeres es la curiosidad un cebo irresistible.  
 —Hé ahí cómo el director de la nacion francesa conoce el corazon humano, y en particular el corazon femenino.  
 —Decid que me equivoco, señorita.  
 —Nada de eso; admiro vuestra perspicacia.  
 —¿Con que lo confesais? ¿Con que se ha pronunciado vuestro gusto en favor del Egipto?  
 —¡Mi gusto! Decid mi pasion, si gustais.  
 Coraly pronunció estas últimas palabras sonriéndose; pero sus ojos desmentian la afectada ironía de sus labios, y el director lo observó. Cojió entonces una pluma, y escribió algunas líneas.  
 —¿Puedo preguntaros sin indiscrecion lo que haceis? le dijo Coraly con malicia.  
 —Sí por cierto, y hé aquí mi respuesta: habiendo reconocido tanto mis cólegas como yo que ese oficial es sospechoso y aun culpable, redacto la orden para que la policia le prenda.  
 Coraly reprimió un movimiento de cólera y repuso con despego:  
 —¡Prenderle! ¿Sabeis, señor vizconde, que vais inaugurando los hábitos del abominable régimen absolutista?  
 —Nada de eso: uso de mi derecho.  
 —Eso se parece mucho á una orden inquisitorial de encierro en la Bastilla ó en Pignerol.  
 —Os equivocais de medio á medio.  
 —De todos modos es una arbitrariedad en grado superlativo.  
 —Señorita, sois una loca, y yo deberia enfadarme.  
 —¿Y qué es lo que entendeis por enfado? ¿No es un acto de verdadero furor lo que acabais de ejecutar al escribir esa orden?  
 —Esto ya es demasiado, dijo Barras con severo acento.  
 ¿Quereis que os pruebe que estais delirando?  
 —Probadlo; ya os escucho.  
 —¿Lo pedís?  
 —Lo exigo: hablad.  
 —Es que si hablo, seré cruel; ¿lo entendeis, señorita?  
 —El sabio debe estar siempre preparado para todos los golpes, replicó Coraly, palideciendo á pesar suyo.  
 —¡Os sienta bien la ironía, por el diablo! En resumidas cuentas, tal vez voy á prestaros un servicio. Tened pues entendido, señorita, que en esta ocasion no sois mas que una criatura extravagante en toda la latitud de la palabra. Vuestra cabeza ha recorrido la escala de la pasion; os habeis vuelto loca... yo no sé cómo, pero el hecho es este: que ameis seriamente (lo cual seria bastante curioso) á ese oficial, á quien solo habeis conocido hace unos dias, y eso por mí, ó que únicamente os haya aficionado á su persona uno de esos caprichos pasajeros, tan generales en el bello sexo... poco importa; pues en cualquiera de los dos casos habeis legado á ser su juguete.  
 —¡Yo! gritó Coraly, cuyas facciones se pusieron de pronto como la grana.  
 —Vos, si: con la policia no se pueden conservar ilusiones; y hemos legado á saber positivamente que el dichoso Africano ha vuelto á Francia trayendo un amor constante en su pecho. Vos suspirais por él, que se deja querer, y que al mismo tiempo está enamorado de otra. El oír esto es cosa muy cruel ¿eh? Mas perdonadme, ya que me habeis obligado á declararlo.  
 Coraly fijó en el director centelleantes miradas, que revelaban cólera, desconfianza y dolor.  
 —¿Dudais de mis palabras, señorita? añadió Barras.  
 —De nada dudo cuando tengo pruebas, contestó Coraly.  
 —¡Pruebas! ¡Bah! No nos faltan seguramente. El capitán no ama á una sultana ni á una odalisca, porque no es hombre que huye de sus apasionadas. El señor Lovelace ha vuelto, por el contrario, para reunirse con la bella Clara, que dejó en su patria.  
 Nunca olvida un caballero glorias del amor primero...

¡Ea! No ignorais el resto de la cancion, divina Coraly; de modo que en todo caso seriais el número dos, es decir, el pasatiempo, el capricho, porque el número primero existe en todo su esplendor. Sé que he introducido la punta de un agudo puñal en ese corazoncito; pero...  
 —¿Y sabeis el nombre de esa muger? preguntó Coraly al director afectando una tranquilidad sublime.

—La policia nada ignora; es una jóven muy distinguida, una aristócrata, y se llama...

—Deteneos, ciudadano, pues no quiero saber mas. ¿Qué me importa todo ello? ¿Puede tener por ventura ese oficial valor alguno á mis ojos? ¿Un capitán de caballeria como



Cuentos de un loco.

otros mil que hay en el ejército! ¡Un oficial ayudante, cuyo principal hech. de armas será acaso la mision que ha venido á cumplir trayendo unas banderas...

—¡Bravo! exclamó Barras; ya voy reconociendo á nuestra encantadora Coraly.

—¿Qué título tan glorioso! prosiguió esta con punzante



Cuentos de un loco.

ironía. Admiremos á los héroes: al paso que otros muchos permanecen en Egipto batiéndose diariamente contra los turcos y los árabes, ese intrépido capitán acepta de manera la insignie comision de porta-colas! Porque el hecho es que ha venido á poner en vuestras manos las tres colas de Murad-Bey y las dos de Ibrahim-Bey. ¿No me dijisteis eso?

—Sí, admirable Coraly.  
 —¡Gran proeza! ¡Inimitable hazaña! Atravesar el Mediterraneo en un buque velero, ponerse en camino desde Tolon hasta París, escoltado por dos dragones armados de pies á cabeza, llegar á la capital, y entregar al Directorio dos estandartes, cojidos al enemigo, es verdad, pero cojidos probablemente por sus compañeros de armas. ¡Oh! Es cosa inaudita, maravillosa, y la posteridad hablará de ella con entusiasmo.

—Todo cuanto decís, hermosa Coraly, observó Barras cerrando la orden, prueba vuestro talento, vuestro tacto y vuestra lógica. Y debo añadir que, siendo ese oficial el agente secreto de un partido, que ya descubriremos, necesario que se le prenda. Hacedme el obsequio de llamar á un criado, señorita, porque esta carta va dirigida al ministro de la policia.

Coraly permanecia inmóvil en su sillón con la cabeza apoyada en una mano, y la imaginacion perdida en el tumultuoso caos de sus encontrados pensamientos. No oía á Barras, pero este se levantó dirigiéndose hacia el cordon de la campanilla, que caía á un lado de la chimenea: mas al mismo tiempo entró en el salon un criado y dijo en voz alta á su ama:  
 —El capitán Raimundo pregunta si la señorita quiere dispensarle el honor de recibirle.

Aquel nombre fué como un golpe eléctrico para Coraly. Se estremeció, levantó la cabeza con orgullo, y solo contestó al criado con una cólica mirada.

El director se encargó de la respuesta, y así, dejando la carta cerrada sobre la chimenea, dijo al criado:  
 —Ese caballero puede pasar adelante.

Un minuto despues atravesaba el capitán el dintel de la puerta del salon, y saludaba á Coraly y al director, á quien no creia encontrar allí.

—Acercaos, capitán, le dijo Barras: precisamente estábamos hablando de vos, y esta señorita se quejaba de vuestro olvido.

Coraly lanzó al director una mirada de venganza y de desprecio.

—Esta señorita me honra demasiado, respondió Raimundo, y prueba su generosidad con solo manifestar el mas pequeño interés hácia un pobre soldado: cierto es tambien que el pobre soldado es el mas firme admirador de esta señorita.

Un silencio glacial acojió sus palabras, y el capitán llegó á comprender que le habian malquistado cruelmente con Coraly.

—¿Cómo es eso, señorita! exclamó el director. ¿Así os mostrais complacida de la visita de gratitud que el capitán os hace?

—Dispensadme, ciudadano director, repuso con viveza el oficial; la gratitud supone siempre un beneficio recibido ó favores acordados, y yo seria un fátuo de primera clase si dirigiese á esta señorita palabras de agradecimiento: sus bondades para conmigo se reducen á un interés muy franco y muy leal; así lo creo, y de ello estoy convencido; pero nada mas que un interés sencillo manifiestan sus deferencias, que agradezco en el alma: y como de un momento á otro puedo recibir órdenes para volverme á Egipto, he venido á despedirme de esta señorita, pues en aquel ejército cuenta muchos admiradores, segun habeis tenido á bien informarme, ciudadano director.

Coraly se obstinaba en guardar un silencio absoluto, y para disimular su preocupacion se puso á jugar con un hermoso perro danés que acababa de entrar en el salon, y corrió á

hacer caricias á su ama. Raimundo trató de abreviar la visita, y ya alzaba su sable y abotonaba el guante, como hombre que iba á retirarse, cuando Barras, adivinando su intencion, convirtió aquella situacion en otra mas seria con estas palabras:

—Capitán, la casualidad ha venido en mi ayuda, pues tenia que hablar con vos.

Raimundo se colocó convenientemente en el sillón, y dijo al director:

—Estoy á vuestras órdenes.  
 —¿Quereis responder á mis preguntas?

—Estoy pronto á responder á todo; pero el ciudadano director me permitirá interrogarle, antes de toda esplicacion, á quien voy á tener el honor de hablar.

—¡Por Dios vivo! A mí, dijo Pericles.

—¿Al ciudadano Barras ó al presidente del Directorio?

—De modo que... á los dos. Supongamos, sin embargo, que vais á contestar al presidente.

Raimundo se levantó, y colocando el sombrero bajo el brazo izquierdo, permaneció en pié delante del director, con la frente erguida y tranquilo, aunque sin desfachatez. Barras se sonrió, pero se conocia que estaba muy irritado.

(Continuará.)